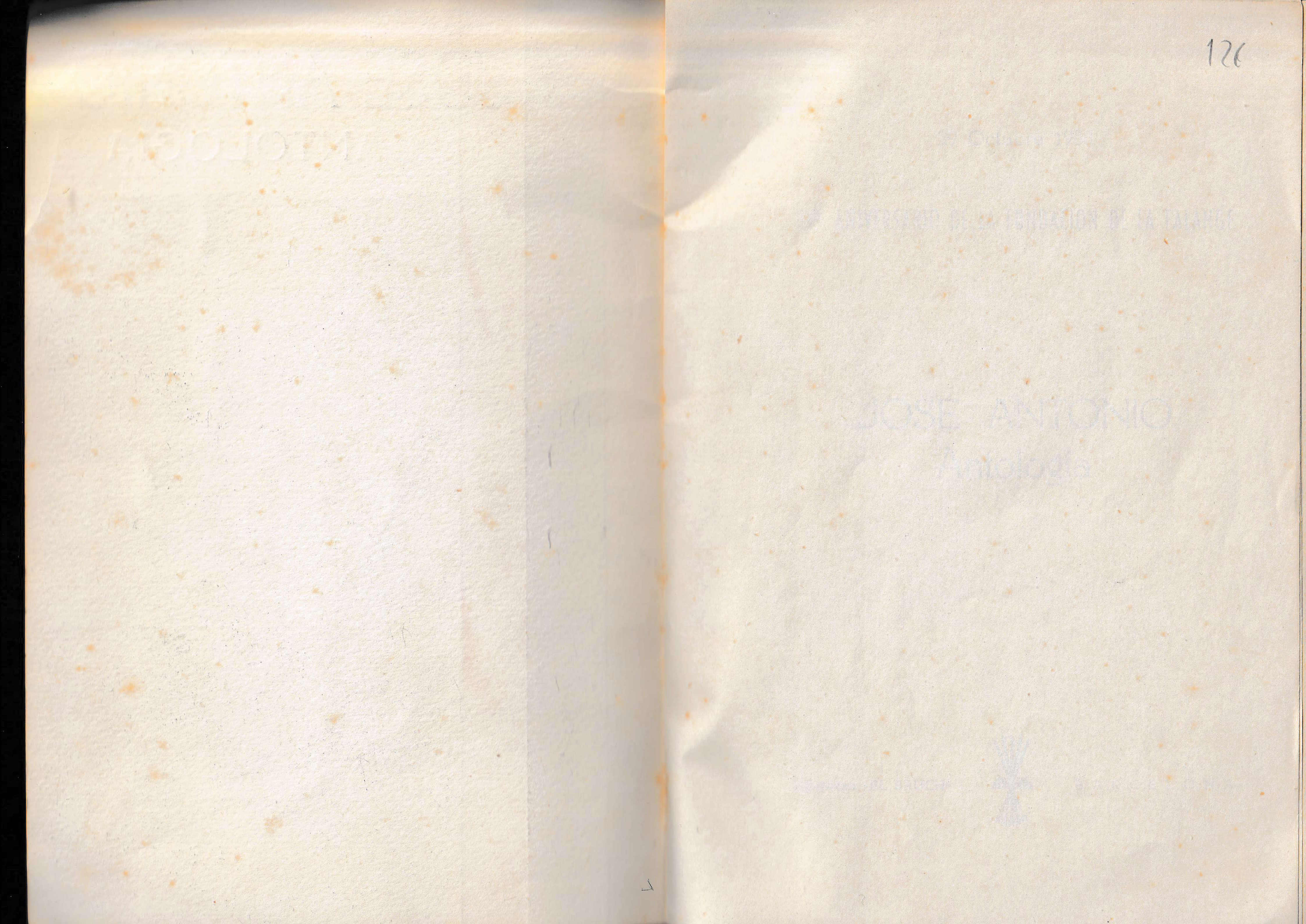
JOSÉ ANTONIO

ANTOLOGIA





29 Octubre 1958

XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA FALANGE

JOSE ANTONIO
Antología

Ediciones «EL BRUCH» BARCELONA

UN LEGADO ETERNO

La vida de José Antonio Primo de Rivera fué una vida proyectada hacia el futuro. Y esta proyección se logró con lo ingente de su labor y con el ejemplo supremo de su sacrificio. Una mente puede legar a las generaciones futuras el fruto de una denodada labor de meditación que se traduce en una creación de estilo de vida, en manera de ser frente a todo lo permanente que hay en la existencia del hombre, pero cuando esa creación se sella con el propio sacrificio, cuando se refrenda con la propia vida, constituye un legado de tal naturaleza para las generaciones futuras que tienen que velar por su conservación con el mismo espíritu de sacrificio, con la misma abnegación del hombre que les señaló el camino de la dignidad y de la eficacia.

José Antonio luchó y murió por el hombre de España. Todo su esfuerzo, toda la potencia de su cerebro y de su corazón, fueron proyectadas hacia la revalorización del hombre de España en una Patria renacida y auténtica. Pensando en el hombre, José Antonio quiso devolverle su contenido económico para llenar de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio. Esto pregonó, por esto luchó y por esto murió. La llamada por estos postulados eternos la hizo, además, José Antonio, con un verbo poético y encendido y con una postura gallarda y heroica ante la lucha y el peligro, y para que no cupiese ninguna duda sobre la sinceridad de su postura y sobre la verdad de su doctrina, ofreció su sangre joven en holocausto, para que el brillo de

esa sangre fuese la estrella que guiase los pasos de los hombres a quienes hacía depositarios de su legado y a cuantas generaciones se fuesen sucediendo sobre la tierra de España. Por eso, el eco de su voz no se ha extinguido, ni se extinguirá jamás. Su acento poético, la resonancia que le dieron unos disparos rubricando su verdad, hacen que se siga oyendo en España y que a su conjuro todas las vidas españolas que sentimos la inquietud de la Patria y que creemos, como él nos enseñó, que España es una «unidad de destino en lo universal» y que el hombre, «como portador de valores eternos», es lo que cuenta en cuanto puede ser simplemente eso, hombre, o jefe, o héroe, o santo, sigamos atentos al mandato de Franco, que va haciendo realidad el anhelo de José Antonio. Y este veinticinco aniversario del supremo esfuerzo del hombre que se lanzó a la encendida lucha por el rescate de una Patria humillada, con nuestra oración por el eterno descanso de su alma encendida por un amor inextinguible, renovamos nuestra promesa de permanecer en la vigilia tensa de la centinela por guardar la verdad y la grandeza de España.

PRIMERA PARTE

En esta primera parte se reúnen aquellos pensamientos que pueden considerarse como fundamentales, como formando parte de una «concepción del mundo». No se pretenda hallar en ellos profundidad metafísica, originalidad filosófica, sistema. El político, como el poeta, toman su «concepción del mundo» de la cultura en que se hallan sumergidos; pero no es lícito exigirles que la produzcan o creen ellos mismos. Sería sacar las cosas de su quicio, y confundir lamentablemente ocupaciones y tareas.

Se verá —se ha visto ya, y comentado mucho— la posición rigurosamente «antimoderna» de JOSE ANTONIO: si la cultura «moderna» —es decir, la anterior a la guerra europea— gira alrededor de una frase de Pascal —«El corazón tiene sus razones que la razón no comprende»— y de una frase de Goethe —«En el principio era la Acción»—, JOSE ANTONIO, proclamando la supremacía de la Inteligencia, del Verbo —de Logos—, y proclamando su «modo de amor intelectual», aparece bien claramente opuesto al principio fáustico de la Acción y a la oscuridad pascaliana de las «razones sentimentales».

Las nociones del Hombre, de la Historia, de la Patria, de la Nación y del Estado, así como las de Política, Revolución y Mando, no son sino el desenvolvimiento consecuente y orgánico de aquella postura inicial que profesa y mantiene la supremacía de la Inteligencia.

I

LAS BASES INTELECTUALES

1.—Junto a esta piedra milenaria de nuestro camino, se nos exige, ya de cara a la Historia, un rigor de precisión y emplazamiento.

M — 19-5-35

2.—...El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón, no basta preguntar al rey — cuya voluntad para los partidarios de la monarquía absoluta era siempre justa—, ni basta preguntar al pueblo —cuya voluntad para los ruso-

nianos es siempre acertada —, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos están de acuerdo con una aspiración permanente.

P — 19-12-33

3. — ...se puede llegar al entusiasmo y al amor por el camino de la inteligencia.

P — 3-7-34

4. — El corazón tiene sus razones que la razón no comprende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar como acaso no sabe el corazón.

EsN

5. — El juego impasible de las normas es siempre más seguro que nuestra apreciación personal, lo mismo que la balanza pesa con más rigor que nuestra mano.

DyP

II

EL CONCEPTO DEL HOMBRE

A)

6. — Nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque ese es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos.

EyB

7. — ...sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad...

M — 29-10-33

8.—El individuo es, respecto de la persona, lo que el pueblo respecto de la sociedad política.

EsN

9.—Nadie es «uno» sino cuando pueden existir «otros». No es nuestra interna armadura física lo que nos hace ser personas, sino la existencia de otros de los que el ser «personas» nos diferencia.

El?

10.—...la verdadera realidad jurídica es la «persona»; esto es, el individuo considerado, no en su realidad vital, sino como portador activo o pasivo de relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir.

EsN

11.—No se es «persona» sino en cuanto se es «otro»; es decir, uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregado de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones.

EsN

12.—Nadie ha nacido miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo.

M — 29-10-33

13.—Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande. Este punto esencial, la grandeza del fin a que se aspira, es lo que no quieres considerar.

C. II. a L. de T.

14.—El «señoritismo» es la degeneración del «señor», del «hidalgo», que escribió, y hasta bien poco hace, las mejores páginas de nuestra historia. El señor era tal señor porque era capaz de «renunciar», esto es, dimitir privilegios, comodidades y placeres en homenaje a una alta idea de «servicio». «Nobleza obliga», pensaban los señores, los hidalgos; es decir, nobleza «exige». Cuando más se es, más hay que ser capaz de dejar de ser. Y así de los patronos de la hidalguía salieron los más de los nombres que se engalanaron en el sacrificio.

Smo

B)

15.—Pensar en lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene indi-

vidualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones.

M—19-3-35

16.—...la característica de la tragedia española y de la tragedia europea... (es ésta): el hombre ha sido desintegrado, ha sido desarraigado, se ha convertido... en un número en las listas electorales y en un número en la cola de la puerta de las fábricas; este hombre desintegrado lo que está pidiendo a voces es que le vuelvan a poner los pies en la tierra, que se le vuelva a armonizar con un destino colectivo, con un destino común, sencillamente — llamando a las cosas con su nombre — con el destino de la Patria.

CM. M

C)

17.—El hombre en la ciudad casi no ve. Está siempre escondido detrás de su cargo, detrás de su traje. En la ciudad se ve al comerciante, al electricista, al abogado, etc. En el campo se ve siempre al hombre.

IrC

18.—Los que vamos de la ciudad siempre nos sentimos un poco inferiores ante ellos (los del campo), que casi no nos encuentran entre la ropa.

IrC

19.—Cuando el mundo se desquicia, no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un nuevo orden. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo.

EyB

III

LIBERTAD HUMANA

20.—Frente al desdeñoso «Libertad, ¿para qué?», de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos.

EIL

21.—El hombre tiene que ser libre; pero no existe libertad sino dentro de un orden.

EyB

IV

PROPIEDAD Y TRABAJO
COMO ATRIBUTOS HUMANOS
ELEMENTALES

22.—La propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas; es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación económica.

M—19-12-35

23.—El trabajo es una función humana, como es un atributo humano la propiedad. ¿Qué es esto de armonizar el capital con el trabajo?

EyB

V

CONCEPTO DE LA VIDA

24.—Lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida.

M—17-11-35

25.—Toda existencia humana — de individuo o de pueblo — es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil.

EsN

26.—Las posiciones espirituales ganadas así, en lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se instalan más hondamente en nuestra autenticidad.

EsN

27.—Tal es, entre otras, la dulce recompensa que se gana con el esfuerzo por mejorar: si se pierden goces elementales, se encuen-

tran, al final del camino, otros tan caros y tan intensos que hasta invaden el ámbito de los viejos afectos, extirpados al comenzar la empresa superadora.

EsN

VI

PUEBLO

28.—«...un pueblo es... una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.»

P—19-12-33

VII

HISTORIA

29.—La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este estado primitivo, saben ya que lo que les configura no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce una época de decadencia de este sentido de misión universal, empiezan a florecer, otra vez, los separatismos; empieza otra vez la gente a volverse a su suelo, a su música, a su tierra, a su habla, y otra vez se pone en peligro esta gloriosa integridad que fué la España de otros tiempos.

V—4-3-34

30.—El sentido entero de la historia y de la política, como dije en el mitin de la Comedia, es como una ley de amor; hay que tener un entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito, con artículos y párrafos numerados, nos diga, en cada instante, cuándo debemos abrazarnos y cuándo debemos reñir.

31.—Que asistimos al final de una época, es cosa que ya casi nadie, como no sea por miras interesadas, se atreve a negar. Ha sido una época, ésta que ahora agoniza, corta y brillante: su nacimiento se puede señalar en la tercera década del siglo XVIII; su motor interno acaso se expresa con una palabra: el optimismo. El siglo XIX —desarrollado bajo las sombras tutelares de Smith y de Rousseau—

creyó en efecto que dejando las cosas a sí mismas producirían los resultados mejores, en lo económico y en lo político.

TyR

32.—Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateos la piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones; teniendo que proferir a gritos lo que elaboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la deformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en este absurdo simulacro cosuetudinario de conquistar la «opinión pública», como si el pueblo, que es capaz de amor y de cólera, pudiera ser colectivamente sujeto de opinión.

HyR

33.—Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar el mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie. Mal podríamos sustraernos a esa universal preocupación nosotros, los hombres españoles, cuya juventud vino a abrirse en las perplejidades de la trasguerra.

TyR

34.—Nosotros, los jóvenes, los que nos movemos por impulsos espirituales, libres del egoísmo zafio de los viejos caciques, nosotros aspiramos a una España grande y justa, ordenada y creyente.

J. I.

35.—¿A qué aguardan ahora las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a las torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en voces partidistas, que otra vez las seduzcan para desencantarlas?

J. I.

VIII

PATRIA, PATRIOTISMO

A)

36.—La Patria es aquello que en el mundo configuró una gran empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de

la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales.

GyL

37.—La Patria es una unidad, total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir.

M.—29-10-33

38.—Sueño de unidad y de común tarea, frente al angosto particularismo y al paso atrás de las fragmentaciones suicidas.

ArC

39.—La Patria es el único destino colectivo visible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación casi física; si lo extendemos al Universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es, justamente, lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal.

C. M.—M.

B)

40.—Queremos que la Patria se entienda como realidad armónica e indivisible, superior a las pugnas de los individuos, las clases, los partidos y las diferencias naturales.

41.—Una Patria exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de muchas roñas consuetudinarias. No una Patria para ensalzarla con gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutora de un gran destino.

42.—Patria, que no es meramente el territorio donde se despedazan —aunque sólo sea con las armas de la injuria— varios partidos rivales ganosos todos del Poder. Ni el campo indiferente donde se desarrolla la eterna pugna entre una burguesía que trata de explotar a un proletariado y un proletariado que trata de tiranizar a una burguesía. Sino la unidad entrañable de todos al servicio de una misión histórica, de un supremo destino común, que asigna a cada cual su tarea, sus derechos y sus sacrificios.

C. I. a L. de T.

C)

43.—...España es más que una forma constitucional;... España es más que una circunstancia histórica;... España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y a cada una de sus tierras.

P.—2-1-34

44.—España, no como vana invocación de falsas cosas hinchadas, sino como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la patria, el pan y la justicia.

45.—España, desde que existe, es y será siempre un quehacer;... España se justifica por una misión que cumplir;... a España no se la puede entregar a temporadas inacabables de ocio, de dispersión, de falta de explicación vital.

P.—25-1-35

D)

46.—España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal.

47.—España es «irrevocable». Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es «nuestra», como objeto patrimonial: nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.

E)

48.—Si el patrimonio fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano: esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser —para que gane la mejor calidad— lo que está cabalmente al otro extremo; lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable.

Es decir: tiene que clavar sus puntales no en lo sensible, sino en lo intelectual.

GyL

49.—...no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con la mediocridad, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España.

M.—15-5-35

50.—...esta suerte de patriotismo es más difícil de sentir; pero en su dificultad está su grandeza... Por lo mismo que el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo, y hasta con una sensualidad venenosa, es bella empresa humana desenlazarse de él y superarle en el patriotismo de la misión inteligente y dura. Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo: reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazar los soportes del patriotismo, no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo, no un vago sentimiento que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan inconmovible como las verdades matemáticas. No por ello quedará el patriotismo en árido producto intelectual.

EsN

IX

TEORIA DE LA NACION

51.—La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es esencialmente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra, sólo es nación si lo es en función de universalidad; si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el «de los demás». Siempre «los demás» son quienes nos dicen que somos «uno».

En la convivencia con los hombres, soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera: se las conoce desde los contornos en que cumplen un propio, universal destino.

El?

52.—...Nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos en la proximidad de nuestro terruño, sino que una nación es una unidad de destino en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia...

P. — 4-1-34

53.—Las naciones no son «contratos» rescindibles por la voluntad de quienes los otorgan: son «fundaciones», con sustantividad propia, no dependiente de la voluntad de pocos ni de muchos.

54.—Para entenderse, conviene usar ya la palabra «nación» significando con ella precisamente eso: la sociedad política capaz de hallar en el Estado su máquina operante. Y con ello queda precisado el tema: esclarecer qué es la nación; si la realidad espontánea de un pueblo, como piensan los nacionalismos románticos, o si algo que no se determina por los caracteres nativos.

EsN

55.—La tesis romántica iba encaminada a la «descalificación», esto es: a la supresión de todo lo añadido por el esfuerzo (Derecho e Historia) a las entidades primarias, individuo y pueblo. El Derecho había transformado al «individuo» en «persona»; la Historia había transformado al pueblo en «polis», en régimen de Estado. ...Para la tesis romántica urgía regresar a lo primario, a lo espontáneo, tanto en un caso como en otro.

EsN

56.—El romanticismo es una actitud endeble que, precisamente, viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin líneas constantes, que encomienda en cada minuto, en cada trance, a la sensibilidad la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón.

P.—3-7-34

57.—El romanticismo era afecto a la naturalidad. La «vuelta a la Naturaleza» fué su consigna. Con esto, la «nación» vino a identificarse con lo «nativo». Lo que determinaba una nación era los caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos, costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un tal vez inasequible punto de llegada.

Los nacionalismos más peligrosos por lo disgregadores son los que han entendido la nación de esta manera. Como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particulares ganan una posición inexpugnable. No cabe duda de que lo espontáneo les da la razón. Así es tan fácil de sentir el patriotismo local. Así se encienden tan pronto los pueblos en el frenesí jubiloso de sus cantos, de sus fiestas, de su tierra. Hay en todo eso como una llamada sensual, que se percibe hasta en el aroma del suelo: una corriente física, primitiva y encandilante; algo parecido a la embriaguez y a la plenitud de las plantas en la época de la fecundación. A esa condición rústica y primaria deben los nacionalismos de tipo romántico su extremada vidriosidad.

Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales.

Cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico. Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo afectivo, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo. ¿Cómo, pues, revivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas? Nada menos que revisando el concepto de «nación», para construirlo sobre otras bases. Y aquí puede servirnos de pauta lo que se dijo respecto de la diferencia entre «individuo» y «persona». Así como la persona es el individuo considerado en función de sociedad, la nación es el pueblo considerado en función de universalidad. Un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino «ser otro en lo universal», es decir, por tener un destino que no es el de las otras naciones. Así no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras «patria» y «nación» en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como «Imperio» o «servicio del rey»; es decir, las expresiones alusivas al «instrumento histórico». La palabra «España», que es por sí misma enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase «nación española». Y en Inglaterra, que es acaso el país de patriotismo más clásico, no sólo no existe el vocablo «patria», sino que muy pocos son capaces de separar la palabra «king» (rey), símbolo de unidad operante en la historia, de la palabra «country», referencia al soporte territorial de la unidad misma.

Llegamos al final del camino. Sólo el nacionalismo de la nación entendida así puede superar el efecto disgregador de los nacionalismos locales. Hay que reconocer todo lo que éstos tienen de auténtico; pero hay que suscitar frente a ellos un movimiento enérgico, de aspiración al nacionalismo misional, al que concibe a la Patria como unidad histórica de destino.

EsN

X

EL ESTADO

A)

58.—Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad; encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de luchar, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.

P.—19-12-33

59.—Nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta, como no la justifica un individuo ni la

justifica una clase, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente.

P.—19-12-33

60.—¿Qué es eso de un Estado fuerte? Un Estado puede ser fuerte cuando sirve un gran destino, cuando se siente ejecutor del destino de un pueblo. Si no, el Estado es tiránico.

C. M—M

61.—...sólo puede ser fuerte, sin ser tiránico, el Estado que sirve a una unidad de destino. He aquí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo. En cambio, el Estado que no se siente servidor de una unidad suprema, teme constantemente pasar por tiránico.

EyB

B)

62.—...la divinación del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos.

P.—19-12-33

63.—...es falso el punto de vista que coloca al individuo en oposición al Estado, y que concibe como antagónicas las soberanías de ambos. Este concepto «soberanía» ha costado mucha sangre al mundo y la seguirá costando. Porque esa soberanía es el principio que legitima cualquier acción nada más que por ser quien es. Naturalmente, frente al derecho del soberano a hacer lo que quiere, se alzará el individuo a hacer lo que quiere. El pleito es así irresoluble...

EIL

64.—El Estado se encastilla en su soberanía; el individuo en la suya; los dos luchan por su derecho a hacer lo que les venga en gana. El pleito no tiene solución. Pero hay una salida justa y fecunda para esa pugna, si se plantea sobre bases diferentes. Desaparece ese antagonismo destructor en cuanto se concibe el problema del individuo frente al Estado, no sólo como una competencia de poderes y derechos, sino como un cumplimiento de fines, de destinos. La Patria es una unidad de destino en lo universal» y el individuo el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado. No caben así disputas de ningún género; el Estado no puede ser traidor a su tarea ni el individuo puede dejar de ser colaborador con la suya en el orden perfecto de la vida de su nación.

...La idea del «destino», justificador de la existencia de una construcción (Estado o sistema) llenó la época más alta que ha gozado Europa: el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. Y nació en mentes de frailes. Los frailes se encararon con el poder de los reyes y le negaron ese poder en tanto no estuviese justificado por el cumplimiento de un gran fin...

Aceptada esta definición del ser — portador de una misión, unidad cumplidora de un destino —, florece la noble, grande, robusta concepción del «servicio». Si nadie existe sino como ejecutor de una tarea, se alcanza precisamente la personalidad, la unidad y la libertad propias «sirviendo» en la armonía total... Nadie se siente doble, disperso, contradictorio entre lo que es en realidad y lo que en la vida pública representa. Interviene, pues, el individuo en el Estado como cumplidor de una función, y no por medio de los partidos políticos; no como representante de una falsa soberanía, sino por tener un oficio, una familia, por pertenecer a un Municipio. Se es así, a la vez que laborioso operario, depositario del poder...

...El Estado, síntesis de tantas actividades fecundas, cuida de su destino universal. Y como el Jefe es el que tiene encomendada la magistratura más alta, es él el que más sirve. Coordinador de los múltiples destinos particulares, rector del rumbo de la gran nave de la Patria, es el «primer servidor»; es, como quien encarna la más alta magistratura de la tierra, «siervo de los siervos de Dios».

EIL

XI

LA POLITICA

A)

65.—Si una política no es exigente en sus planteamientos — es decir, rigurosa en lo intelectual —, probablemente se reduce a un aleteo pesado sobre la superficie de lo mediocre.

HyR a O. y G.

B)

66.—La política es, ante todo, temporal. La política es una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada. En política hay obligación de llegar; y de llegar a la hora.

HyR a O. y G.

67.—...Ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a la generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual.

P.—6-6-34

68.—Cuando se llega a una posición política a través de este camino bastante dramático que yo he tenido que seguir, de este camino donde he tenido que ir sufriendo muchas cosas en lo más vivo de mi intimidad, no se sale al mundo exterior, no deja uno su tranquilidad, su vocación, sus medios normales de vida, la posibilidad de cultivar el espíritu, la posibilidad de vivir fuera del ruido, de ese silencio de donde se sacan las únicas obras fecundas, no se sale de todo eso, digo, para darse el gusto de levantar el brazo por ahí. Se hace porque nuestra generación, que tiene tal vez por delante treinta o cuarenta años de vida, no se resigna a seguir otra vez viviendo en aquella capa chata incluída entre una falta de interés histórico y una falta de justicia social.

P.—6-6-34

69.—Hay que creer en algo. ¿Cuándo se ha llegado a nada en actitud liberal? Yo, francamente, sólo conozco ejemplos fecundos de política creyente, en un sentido o en otro.

Cuando un Estado se deja ganar por la convicción de que nada es bueno ni malo, y de que sólo le incumbe una misión de política, ese Estado perece al primer soplo encendido de fe, en unas elecciones municipales.

C. I a L. de T.

70.—Toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe. De cara hacia fuera —pueblo, historia—, la función del político es religiosa y poética. Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales, sino poéticos y religiosos. Precisamente para que un pueblo no se diluya en lo amorfo —para que no se desvertebre—, la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas. Esta compenetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al del amor.

De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitanía. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo —incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa— su auténtico destino. El que acierta con la primera nota con la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo, y abierta, la cuenta tremenda de cómo la administre. ¡Cuál no ha de ser su responsabilidad si, como en el poema de Browning, arrastra a una turba infantil detrás del caramillo, para sepultarla bajo una montaña de la que no se vuelve!

HyR a O. y G.

71.—Se ha encendido en Europa, y arde ya en España, la llama de una fe nueva. De una fe que ve, en lo terreno y civil, como primera verdad, ésta: un pueblo es una entidad total, indivisible, viva, con un destino propio que cumplir en lo universal. El bienestar de cada uno de los que integran el pueblo, no es interés individual, sino interés colectivo, que la comunidad ha de asumir como suyo, hasta el fondo, decididamente. Ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad, y, por consiguiente, no es lícito a nadie tirotear los fundamentos de la comunidad por estímulos de interés privado, por capricho intelectual o por soberbia.

LnE

72.—He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y el pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies sobre la tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas: al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos.

TyR

C)

73.—El hombre es el sistema; y ésta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo. Todo el siglo XIX se gastó en idear máquinas de buen gobierno. Tanto vale como proponerse dar con la máquina de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina; siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo, es el único

aparato capaz de dirigir hombres: el hombre. Es decir: el jefe, el héroe.

TO

74.—¿Qué aparato de gobernar, qué sistema de pesos y balanzas, consejos y asambleas, puede reemplazar a esa imagen del Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo?

TO

75.—...este jefe volverá a encarnar el sistema para muchos años. Mas él (Duce, conductor), seguirá la fe de su pueblo en comunicación de hombre a hombre en esa forma de comunicación elemental, humana y eterna que ha dejado su rastro por todos los caminos de la Historia.

TO

XII

TEORIA DE LA REVOLUCION

A)

76.—...una sociedad que sabe que tiene que reformarse es que tiene la noción de su propia injusticia, y una sociedad que se cree injusta no es capaz de defenderse con brío.

P.—6-11-34

B)

77.—Nadie se juega nunca la vida por un bien material. Los bienes materiales, comparados unos con otros, se posponen siempre al bien superior de la vida. Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan unas ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de fervor místico por una religión, por una patria, por una honra o por un sentido nuevo de la sociedad en que se vive.

P.—6-11-34

78.—Las rebeliones son siempre el resultado, por lo menos, de dos ingredientes: el primer ingrediente, difuso, es una explicación interior, una falta de razón interna en el régimen vigente. Tiene que haber eso para que una rebelión se produzca con probabilidades

de triunfo; simplemente para que algunos se lancen a intentar una rebelión, tiene que haber un cierto descontento, una falta de razón vital de existencia en el régimen contra el cual la rebelión estalla. Esto es indudable; nunca han estallado rebeliones sino contra regimenes que empezaban a caducar. De otra parte, es necesario que exista una historia enérgica que aprovechando, que captando este estado de desaliento, esta falta de razón interna de subsistencia en el estado político que pretende atacar, se lance al ataque con más o menos fortuna.

P.—25-1-35

C)

79.—Esto de querer echarlo todo a rodar, salga lo que salga, es una actitud característica de las épocas fatigadas, degeneradas; echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco... ¿No sería la pereza la musa de muchas revoluciones?

TyR

D)

80.—...todo hecho histórico, todo régimen histórico que se impone por un acto de violencia, se puede considerar de dos modos: o bien como colección de anécdotas, de datos locales, de datos individuales o bien como fenómeno total, desde el punto de vista total, en orden al propio destino que ese orden histórico se asignó a sí mismo al advenir.

P.—6-6-34

E)

81.—Una revolución es siempre, en principio, una cosa anticlásica. Toda revolución rompe al paso, por justa que sea, muchas unidades armónicas. Pero una revolución puesta en marcha sólo tiene dos salidas: o lo anega todo o se la encauza. Lo que no se puede hacer es eludirla: hacer como si se la ignorase.

VsA

F)

82.—Se necesita la revolución cuando, al final de un proceso

de decadencia, el pueblo ha perdido ya, o está a punto de perder, toda forma histórica.

A—A 31-10-35

83.—Una revolución — si ha de ser fecunda y no ha de dispersarse en alborotos efímeros — exige la conciencia clara de una norma nueva y una voluntad resuelta para aplicarla.

AIR—H

84.—La revolución es necesaria, no precisamente cuando el pueblo está corrompido, sino cuando sus instituciones, sus ideas, sus gustos, han llegado a la esterilidad o están próximos a alcanzarla. En estos momentos se produce la degeneración histórica. No la muerte por catástrofe, sino el encharcamiento en una existencia sin gracia ni esperanza. Todas las actitudes colectivas nacen enclenques, como productos de parejas productivas casi agotadas. La vida de la comunidad se achata, se entontece, se hunde en el mal gusto y la mediocridad. Aquello no tiene remedio sino mediante un corte y un nuevo principio. Los surcos necesitan simiente nueva, simiente histórica, porque la antigua ya ha apurado la fecundidad.

Pero ¿quién ha de ser el sembrador? ¿Quién ha de elegir la semilla y el instante para largarla a la tierra? Esto es lo difícil.

AIR—H

85.—A nadie que medite estos minutos puede ocultársele esta verdad: al final de un período histórico estéril, cuando un pueblo — por culpa suya o por culpa ajena — ha dejado enmohecer todos los grandes resortes, ¿cómo va a llevar a cabo por sí mismo la inmensa tarea de regenerarse?

...Un pueblo hundido es incapaz de percibir y aplicar la norma: en eso mismo consiste su desastre. Tener a punto los resortes precisos para llevar a cabo una revolución fecunda, es señal inequívoca de que la revolución no es necesaria. Y al contrario: necesitar la revolución, es carecer de la claridad y el ímpetu necesarios para amarla y realizarla. En una palabra: los pueblos no pueden salvarse en masa a sí mismos, porque el hecho de ser apto para realizar la salvación es prueba de que se está a salvo.

AIR—H

86.—La masa de un pueblo que necesita una revolución no puede hacer la revolución.

AIR—H

87.—A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y, ¡hay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

M—29-10-33

G)

88.—Todo el que se lanza a hacer una revolución se compromete a concluirla; lo que no puede hacer es escamotearla.

P—25-1-35

89.—...desgraciados los que no se llegan al torrente ronco de la revolución — hoy más o menos extendido — y encauzan para bien todo el ímpetu suyo.

VsA

90.—...la única manera de que la revolución se salve consiste en que encuentre lo que las masas no tardarían en llamar «un traidor». Las masas, en su ingenua insolvencia, siempre consideran tibio lo que hacen sus jefes: siempre se consideran traicionadas. Es vano querer evitar esta reprobación de las masas cediendo más y más a sus gritos. Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores: aquellos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supieron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por los caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente, estos «traidores» a las masas son los únicos leales y eficaces servidores del destino del pueblo.

A—A 31-10-35

91.—Los guías de un movimiento revolucionario tienen obligación de soportar incluso la acusación de traidores. La masa cree siempre que se la traiciona. Nada más inútil que tratar de halagarla para eludir la acusación.

AIR—H

92.—Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbra su César. Sólo él es capaz de adivinar el curso histórico enterrado bajo el clamor efímero de la masa. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve.

A—A 31-10-35

93.—La revolución es la tarea de una resuelta minoría inasequible al desaliento. De una minoría cuyos primeros pasos no

entenderá la masa porque la luz interior fué lo más sano que perdió, víctima de un período de decadencia.

AIR—H

H)

94.—Ningún hecho revolucionario se justifica ni se ha justificado nunca con arreglo al orden jurídico anterior. Todo sistema político que existe en el mundo, sin ninguna excepción, ha nacido en pugna abierta con el orden político que regía a su advenimiento; porque una de las cosas que no están incluídas en las facultades de los órdenes políticos es la facultad de testar.

P—6-6-34

95.—...un régimen revolucionario se justifica siempre por su hoja de servicios, y esta hoja de servicios considerada siempre bajo especie de historia, no bajo especie de anécdota; esta hoja de servicios considerada precisamente por un cotejo entre lo que se propuso el régimen revolucionario al romper con el sistema anterior y lo que dejó tras sí al terminar su ciclo.

P—6-6-34

XIII

MANDO

96.—La jefatura es la suprema carga, la que obliga a todos los sacrificios, incluso a la pérdida de la intimidad, la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar.

Por eso hay que entender la jefatura humildemente, como un puesto de servicio, y, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia ni por desaliento ni por cobardía.

97.—El jefe no debe obedecer al pueblo; debe servirlo, que es cosa distinta; servirlo es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su bien; es decir: sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece.

AIR—H

98.—Ser jefe, triunfar, y decir al día siguiente a la masa: «Sé tú la que mande; aquí estoy para obedecerte», es evadir de un modo cobarde la gloriosa pesadumbre del mando.

AIR—H

99.—Los conductores no tienen disculpa si desertan.

AIR—H

100.—Los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantos como le fueron a la zaga

HyR a O. y G.

SEGUNDA PARTE

Esta segunda parte contiene la parte crítica, probablemente la de mayor volumen, de la obra escrita de JOSE ANTONIO.

No sólo la política nacional desde la Dictadura, sino los sistemas económico-políticos vigentes en la actualidad universal, los que justamente han contribuido al desorden presente o trabajan por una nueva aurora, fueron por él comentados y criticados, siempre buscando herir de frente y muy en lo profundo alguno de los compartimentos estancos de la faramalla política nacional, buscando siempre, por el «duro camino de la crítica», la salvación de la Patria, en aquellas horas amenazadoras de hundimiento, cuando ya hasta las ratas abandonaban la desbaratada nave.

I

CRITICA DEL LIBERALISMO POLITICO

A)

101.—El liberalismo es, por una parte, el régimen sin fe; el régimen que entrega todo, hasta las cosas esenciales del destino patrio a la libre discusión. Para el liberalismo nada es absolutamente verdad ni mentira. La verdad es, en cada caso, lo que dice el mayor número de votos. Así, al liberalismo no le importa que un pueblo acuerde el suicidio, con tal de que el propósito de suicidarse se tramite con arreglo a la ley electoral.

...Y como para que funcione la ley electoral tiene que estimularse la existencia de bandos y azuzarse la lucha entre ellos, el sistema liberal es el sistema de la perpetua desunión, de la perpetua ausencia de una fe popular en la comunidad profunda de destinos.

LnE

102.—El liberalismo nos divide y agita por las ideas; el socialismo taja la sima entre nosotros, aún más feroz, de la lucha económica. ¿Qué se hace, en uno y otro régimen, de la unidad de destino, sin la que ningún pueblo es propiamente un pueblo?

LnE

103.—El Estado no cree en nada; el Estado no cree en la libertad ni cree en la soberanía del pueblo, porque las suspende cada vez que hace falta. El Estado no se cree siquiera depositario ni cumplidor de un fin supremo.

P.—6-11-34

104.—El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí propio. Asiste con los brazos cruzados a todo género de experimentos, incluso a los encaminados a la destrucción del Estado mismo. Le basta con que todo se desarrolle según ciertos trámites reglamentarios. ¿Puede imaginarse nada tan tonto? Un Estado para el que nada es verdad, esa posición de duda. Hace dogma del antidogma. De ahí que los liberales estén dispuestos a dejarse matar por sostener que ninguna idea vale la pena de que los hombres se maten.

C. I a L. de T.

105.—El liberalismo es la burla de los infortunados; declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se les sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación durante doce horas al día, por un jornal mísero, y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres «libres».

LnE

B)

106.—Cuándo en marzo de 1762 un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó «El contrato social», dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad. Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la

justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad.

M—29-10-33

107.—El filósofo ginebrino es un hombre enfermizo, delicado, refinado; es un filósofo al que, como dice Spengler que acontece a todos los románticos —y éste era un precursor ya directo del romanticismo—, fatiga el sentirse viviendo en una sociedad demasiado sana, demasiado viril, demasiado robusta. Le acongoja la pesadumbre, de volver a la naturaleza, de liberarse de la disciplina, de la armonía, de la norma.

Esta angustia de la naturaleza es como la nota constante en todos sus escritos: la vuelta a la libertad. El más famoso de sus libros, el libro que va a influir durante todo el siglo XIX y que va a venir a desenlazarse casi ya en nuestros días, no empieza exactamente como habéis leído en muchas partes, pero sí casi empieza en una frase que es un suspiro. Dice: «El hombre nace libre y por doquiera se encuentra encadenado.» Este filósofo—ya lo sabéis todos—se llamaba Juan Jacobo Rousseau; el libro se llamaba «El contrato social».

«El contrato social» quiere negar la justificación de aquellas autoridades recibidas tradicionalmente o por una designación que se suponía divina o por una designación que en la tradición se apoyaba. El quiere negar la justificación de esos poderes y quiere empezar la construcción de nuevo sobre su nostalgia de la libertad. Dice: el hombre es libre; el hombre por naturaleza es libre y no puede renunciar de ninguna manera a ser libre; no puede haber otro sistema que el que él acepte por su libre voluntad; a la libertad no puede renunciarse nunca, porque equivale a renunciar a la cualidad humana; además, si se renunciara a la libertad, se concluiría un pacto nulo por falta de contraprestación; no se puede más que ser libre e irrenunciablemente libre; por consecuencia, contra las libres voluntades de los que integran una sociedad, no puede levantarse ninguna forma de Estado; tiene que haber sido el contrato el origen de las sociedades políticas; este contrato, el concurso de estas voluntades, engendra una voluntad superior, una voluntad que no es la suma de las otras, sino que es consistente por sí misma, es un «yo» diferente, superior e independiente de las personalidades que lo formaron con su asistencia. Pues bien, esta voluntad soberana, esta voluntad desprendida ya de las otras voluntades, es la única que puede legislar; ésta es la que tiene siempre razón; ésta es la única que puede imponerse a los hombres sin que los hombres tengan nunca contra ella, porque si se volvieran contra ella, se volverían contra ellos mismos; esta

voluntad soberana ni puede equivocarse, ni puede querer el mal de sus súbditos.

C M—M

108.—Juan Jacobo Rousseau suponía que el conjunto de los que vivimos en el pueblo tiene un alma superior, de jerarquía diferente a cada una de nuestras almas, y que ese «yo» superior está dotado de una voluntad infalible, capaz de definir en cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal. Y como esa voluntad colectiva, esa voluntad soberana, sólo se expresa por medio del sufragio —conjetura de los más que triunfa sobre la de los menos en la adivinación de la voluntad superior—, venía a resultar que el sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase.

M—29-10-33

109.—La revolución se encuentra con los principios roussonianos ya elaborados, y los acepta. En la Constitución de 1789, en la del 91, en la del 93, en la del año tercero, en la del año octavo, se formula, casi con las mismas palabras usadas por Rousseau, el principio de la soberanía nacional: «El principio de toda soberanía reside, esencialmente, en la nación. Ninguna corporación, ningún individuo, puede ejercer autoridad que no emane de ella expresamente.» No creáis que siempre se da entrada, al mismo tiempo que se declara esto, al sufragio universal. Sólo en una de las Constituciones revolucionarias francesas, en la de 1793, que no llegó a aplicarse, se establece ese sufragio; en las demás, no; en las demás, el sufragio es restringido, y aún en la del año octavo, desaparece; pero el principio siempre se formula: «Toda soberanía reside, esencialmente, en la nación.»

Sin embargo, hay algo en las Constituciones revolucionarias que no estaba en el «Contrato social», y es la declaración de los derechos del hombre. Ya os dije que Rousseau no admitía que el individuo se reservase nada frente a esta voluntad soberana, a este «yo» soberano, constituído por la voluntad nacional. Rouseau no lo admitía; las Constituciones revolucionarias, sí. Pero era Rousseau el que tenía razón. Había de llegar, con el tiempo, el poder de las Asambleas a ser tal, que, en realidad, la personalidad del hombre desapareciera, que fuera ilusorio querer alegar contra aquel poder ninguna suerte de derechos que el individuo se hubiese reservado.

C M—M

110.—Como el Estado liberal fué un servidor de esa doctrina, vino a constituirse, no ya en el ejecutor resuelto de los destinos patrios, sino en el espectador de las luchas electorales. Para el Estado Liberal sólo era lo importante que en las mesas de votación hubiera sentado un determinado número de señores; que las elecciones empezaran a las ocho y acabaran a las cuatro; que no se rompieran las urnas; cuando el ser rotas es el más noble destino de todas las urnas. Después, a respetar tranquilamente lo que de la urnas saliera, como si él no le importase nada. Es decir, que los gobernantes liberales no creían ni siquiera en su misión propia; no creían que ellos mismos estuviesen allí cumpliendo un respetable deber, sino que todo el que pensara lo contrario y se propusiera asaltar el Estado, por las buenas o por las malas, tenía igual derecho a decirlo y a intentarlo que los guardianes del Estado mismo a defenderlo.

De ahí vino el sistema democrático, que es, en primer lugar, el más ruinoso sistema de derroche de energías. Un hombre dotado para la altísima función de Gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el 80, el 90 ó el 95 por 100 de su energía a sustanciar reclamaciones formularias, a hacer propaganda electoral, a dormitar en los escaños del Congreso, a adular a los electores, a aguantar sus impertinencias, porque de los electores iba a recibir el Poder; a soportar humillaciones y vejámenes de los que, precisamente, por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerle; y si, después de todo esto, le quedaba un sobrante de algunas horas en la madrugada o de algunos minutos robados a un descanso intranquilo, en ese mínimo sobrante es cuando el hombre dotado para gobernar podía pensar seriamente en las funciones sustantivas de Gobierno.

Vino después la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos, porque, como el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos; y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en faltar deliberadamente a la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento. Y así, siendo la fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberal.

M—29-10-33

111.—El liberalismo (se puede llamar así porque no a otra cosa que a levantar una barrera contra la tiranía aspiraban las Constituciones revolucionarias), el liberalismo tiene su gran época, aquella en que instala todos los hombres en igualdad ante la ley, conquista de la cual ya no se podrá volver atrás nunca. Pero lograda esta conquista y pasada su gran época, el liberalismo empieza a encontrarse sin nada que hacer y se entretiene en destruírse a sí mismo. Como es natural, lo que Rousseau denominaba la voluntad soberana viene a quedar reducida a ser la voluntad de la mayoría —teóricamente, por expresar una conjetura de la voluntad soberana, pero en la práctica, por el triunfo sobre la minoría desidente— la que había de imponerse frente a todos; el logro de esa mayoría implicaba que los partidos tuvieran que ponerse en lucha para lograr más votos que los demás; que tuvieran que hacer propaganda unos contra los otros, después de fragmentarse. Es decir, que bajo la tesis de la soberanía nacional, que se supone indivisible, es justamente cuando las opiniones se dividen más, porque como cada grupo aspira a que su voluntad se identifique con la presunta voluntad soberana, los grupos tienen cada vez más que calificarse, que perfilarse, que combatirse, que destruirse y tratar de ganar en las contiendas electorales. Así resulta que en la descomposición del sistema liberal (y naturalmente que este tránsito, este desfile resumido en unos minutos, es un proceso de muchos años), en esta descomposición del sistema liberal, los partidos llegan a fragmentarse de tal manera, que ya en las últimas boqueadas del régimen, en algún sitio de Europa, como la Alemania de unos días antes de Hitler, había no menos de treinta y dos partidos... Y, naturalmente, aparte de esta pulverización de los partidos; mejor, cuando se sale de esta pulverización de los partidos, porque circunstancialmente unas cuantas minorías se aúnan, entonces se da el fenómeno de que la mayoría, la mitad más uno o la mitad más tres de los diputados, se siente investida de la plena soberanía nacional para esquilmar y para agobiar no sólo al resto de los diputados, sino al resto de los españoles, se siente portadora de una ilimitada facultad de autojustificación, es decir, se cree dotada de poder bueno todo lo que se le ocurre y ya no considera ninguna suerte de estimación personal, ni jurídica, ni humana para el resto de los mortales.

Juan Jacobo Rousseau había previsto algo así, y decía: «Bien; pero es que como la voluntad soberana es indivisible y además no se puede equivocar, si por ventura un hombre se siente alguna vez en pugna con la voluntad soberana, este hombre es el que está equivocado, y entonces, cuando la voluntad soberana le constriñe a someterse a ella, no hace otra cosa que obligarle a ser libre.» Fijaos en el sofisma y considerad si cuando, por ejemplo, los diputados de la República, representantes innegables de la soberanía nacional, os recargamos los impuestos o inventamos alguna otra ley incómoda con que mortificaros, se os había ocurrido pensar que en el acto este de recargar vuestros impuestos o mortificaros un poco más,

estábamos llevando a cabo la labor benéfica de haceros un poco más libres, quisierais o no quisierais.

C. M — M

II

CRÍTICA DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

A)

112.—La propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, unas masas que en gran parte tienen razón y que, además, tienen la fuerza.

EyB

113.—El capital... es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total y que no puede ser... el instrumento de ventaja y de privilegio de unos pocos que tuvieron la suerte de llegar antes.

C. M — M

114.—La propiedad no es el capital; el capital es un instrumento económico, y como instrumento debe ponerse al servicio de la totalidad económica, no del bienestar personal de nadie. Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas de los saltos de agua.

EyB

B)

115.—Por otra parte, tenemos el economista escocés Adam Smith. El economista escocés es otro tipo de hombre; es un hombre exacto, formal, sencillo en sus gustos, algo volteriano, bastante distraído y algo melancólico. Este economista, antes de serlo, explicó Lógica en la Universidad de Glasgow y después Filosofía Moral. Entonces la Filosofía Moral se componía de varias cosas bastante diferentes: Teología Natural, Etica, Jurisprudencia y Política. Había, incluso, escrito, en el año 1759, un libro que se titulaba: «Teoría de los sentimientos morales», pero, en realidad, no es este libro el que le abrió las puertas de la inmortalidad; el libro que le abrió

las puertas de la inmortalidad se llama: «Investigaciones acerca de la riqueza de las naciones». El economista escocés, ya lo habéis adivinado todos, se llamaba Adam Smith.

Pues bien: para Adam Smith, el mundo económico era una comunidad natural creada por la división del trabajo. Esta división del trabajo no era un fenómeno consciente, querido por aquellos que se habían repartido la tarea; era un fenómeno inconsciente, un fenómeno espontáneo. Los hombres se habían ido repartiendo el trabajo sin ponerse de acuerdo; a ninguno, al proceder a esa división, había guiado el interés de los demás, sino la utilidad propia; lo que es que, cada uno, al buscar esa utilidad propia, había venido a armonizarla con la utilidad de los demás y así, en esta sociedad espontánea, libre, se presentan: primero, el trabajo, que es la única fuente de toda riqueza; después, la permuta, es decir, el cambio de las cosas que nosotros producimos por las cosas que producen los otros; luego, la moneda, que es una mercancía que todos estaban seguros habían de aceptar los demás; por último el capital, que es el ahorro de lo que hemos tenido que gastar, el ahorro de productos para poder con él dar vitalidad a empresas nuevas. Adam Smith cree que el capital condiciona la industria —son sus palabras.— Pero todo esto pasa espontáneamente, como os digo; nadie se ha puesto de acuerdo para que esto ande así y, sin embargo, anda así, tiene que andar así; además, Adam Smith considera que debe andar así, y está tan seguro, tan contento de esta demostración, que va enhebrando, que, encaramándose con el Estado, con el soberano —él también le llama el soberano—, le dice: «Lo mejor que puedes hacer es no meterte en nada, dejar las cosas como están. Estas cosas de la economía son delicadísimas; no las toque, que no tocándolas se harán solas ellas e irán a bien.»

C. M — M

116.—Lo mismo que Rousseau se encontró con que la Revolución Francesa al poco tiempo acogió sus principios, Smith tuvo la suerte, raras veces alcanzada por ningún escritor, de que Inglaterra también diera acogida a sus principios económicos. Inglaterra estableció poco después la completa libertad económica. Abrió la mano al libre juego de la oferta y de la demanda, que, según Adam Smith, iba a producir, sin más, sin presión de nadie más, el equilibrio económico. Y, en efecto, también el liberalismo económico vivió su época heroica, una magnífica época heroica. Nosotros no nos tenemos que ensañar nunca con los caídos, ni con los caídos físicos, con los hombres, que, por ser hombres, aunque fueran enemigos nuestros, nos merecen todo el respeto que implica la dignidad y la cualidad humana, ni con los caídos ideológicos. El liberalismo económico tuvo una gran época, una magnífica época de esplendor;

a su ímpetu, a su iniciativa se debieron el ensanche de riquezas enormes hasta entonces no explotadas; la llegada, aun a las capas inferiores, de grandes comodidades y hallazgos; la competencia, la abundancia, elevaron innegablemente las posibilidades de vida de muchos. Ahora bien: por donde iba a morir el liberalismo económico era porque, como hijo suyo, iba a producirse muy pronto este fenómeno tremendo, acaso el fenómeno más tremendo de nuestra época, que se llama el capitalismo (y desde este momento si que me parece que ya no estamos contando viejas historias).

Yo quisiera, de ahora para siempre, que nos entendiéramos acerca de las palabras. Cuando se habla de capitalismo, no se hace alusión a la propiedad privada; estas dos cosas no sólo son distintas, sino que casi se podría decir que son contrapuestas. Precisamente uno de los efectos del capitalismo fué el aniquilar, casi por entero, la propiedad privada en sus formas tradicionales. Esto está suficientemente claro en el ánimo de todos, pero no estará de más que se le dediquen unas palabras de mayor esclarecimiento. El capitalismo es la transformación, más o menos rápida, de lo que es el vínculo directo del hombre con sus cosas, en un instrumento técnico de ejercer el dominio. La propiedad antigua, la propiedad artesana, la propiedad del pequeño productor, del pequeño comerciante, es como una proyección del individuo sobre sus cosas. En tanto es propietario, en cuanto puede tener esas cosas, usarlas, gozarlas, cambiarlas; si queréis, casi en estas mismas palabras ha estado viviendo en las leyes romanas, durante siglos, el concepto de la propiedad; pero a medida que el capitalismo se perfecciona y se complica, fijaos en que va alejándose la relación del hombre con sus cosas y se va interponiendo una serie de instrumentos técnicos de dominar; y lo que era esta proyección directa, humana, elemental, de relación entre un hombre y sus cosas, se complica; empiezan a introducirse signos que envuelven la representación de una relación de propiedad, pero signos que cada vez van sustituyendo mejor a la presencia viva del hombre; y cuando llega el capitalismo a sus últimos perfeccionamientos, el verdadero titular de la propiedad antigua ya no es un hombre, ya no es un conjunto de hombres, sino que es una abstracción representada por trozos de papel: así ocurre en lo que se llama la sociedad anónima. La sociedad anónima es la verdadera titular de un acervo de derechos; y hasta tal punto se ha deshumanizado, hasta tal punto le es indiferente ya al titular humano de esos derechos, que el que se intercambien los titulares de las acciones no varía en nada la organización jurídica, el funcionamiento de la sociedad entera.

Pues bien: este gran capital, este capital técnico, este capital que llega a alcanzar dimensiones enormes, no sólo no tiene nada que ver, como os decía, con la propiedad en el sentido elemental y

humano, sino que es su enemigo. Por eso muchas veces, cuando yo veo cómo, por ejemplo, los patronos y los obreros llegan en luchas encarnizadas, incluso a matarse por las calles, incluso a caer víctimas de atentados donde se expresa una crueldad sin arreglo posible, pienso que no saben los unos y los otros que son ciertmente protagonistas de una lucha económica, pero de una lucha económica en la cual, aproximadamente, están los dos en el mismo bando; que quien ocupa el bando de enfrente, contra los patronos y contra los obreros, es el poder del capitalismo, la técnica del capitalismo financiero. Y si no, decídmelo vosotros, que tenéis mucha más experiencia que yo en estas cosas: cuantas veces habéis tenido que acudir a las grandes instituciones de crédito a solicitar un auxilio económico, sabéis muy bien qué intereses os cobran del 7 y del 8 por 100; y sabéis no menos bien que ese dinero que se os presta no es de la institución que os lo presta, sino que es de los que se lo tienen confiado, percibiendo el 1,5 ó el 2 por ciento de interés; y esta enorme diferencia que se os cobra por pasar el dinero de mano a mano, gravita juntamente sobre vosotros y sobre vuestros obreros, que tal vez os están esperando detrás de una esquina para mataros.

Pues bien: ese capital financiero es el que durante los últimos lustros está recorriendo la vía de su fracaso, y ved que fracasa de dos maneras: primero, desde el punto de vista social (esto debíamos casi esperarlo); después, desde el punto de vista técnico del propio capitalismo, y esto lo vamos a demostrar en seguida.

Desde el punto de vista social, va a resultar que, sin querer, voy a estar de acuerdo en más de un punto con la crítica que hizo Carlos Marx. Como ahora, en realidad, desde que todos nos hemos lanzado a la política tenemos que hablar de él constantemente, como hemos tenido todos que declararnos marxistas o antimarxistas, se presenta a Carlos Marx, por algunos—desde luego, por ninguno de vosotros—, como una especie de urdidor de sociedades utópicas. Incluso en letras de molde hemos visto aquello de «los sueños utópicos de Carlos Marx». Sabéis de sobra que si alguien ha habido en el mundo poco soñador, éste ha sido Carlos Marx: implacable, lo único que hizo fué colocarse ante la realidad viva de una organización económica, de la organización económica inglesa de las manufacturas de Mánchester, y deducir que dentro de aquella estructura económica estaban operando unas constantes que acabarían por destruirlas. Esto dijo Carlos Marx en un libro formidablemente grueso, tanto, que no lo pudo acabar en vida, pero tan grueso como interesante, ésta es la verdad; libro de una dialéctica apretadísima y de un ingenio extraordinario; un libro, como os digo, de pura crítica, en el que, después de profetizar que la sociedad montada sobre este sistema acabaría destruyéndose,

no se molestó ni siquiera en decir cuándo iba a destruirse ni en qué forma iba a sobrevenir la destrucción. No hizo más que decir: dadas tales y cuales premisas, deduzco que esto va a acabar mal, y después de eso se murió, incluso antes de haber publicado los tomos segundo y tercero de su obra, y se fué al otro mundo (no me atrevo a aventurar que al infierno, porque sería un juicio temerario), ajeno por completo a la sospecha de que algún día iba a salir algún antimarxista español que le encajara en la línea de los poetas.

Este Carlos Marx ya vaticinó el fracaso social del capitalismo sobre el cual estoy departiendo ahora con vosotros. Vió que iban a pasar, por lo menos, estas cosas: primeramente, la aglomeración de capital. Tiene que producirla la gran industria. La pequeña industria apenas operaba más que con dos ingredientes: la mano de obra y la primera materia. En las épocas de crisis, cuando el mercado disminuía, estas dos cosas eran fáciles de reducir: se compraba menos primera materia, se disminuía la mano de obra y se equilibraba, aproximadamente, la producción con la exigencia del mercado; pero llega la gran industria, y la gran industria, aparte de ese elemento que se va a llamar por el propio Marx capital variable, emplea una enorme parte de sus reservas en capital constante; una enorme parte que sobrepuja, en mucho, al valor de las primeras materias y de la mano de obra; reúne grandes instalaciones de maquinaria, que no es posible en un momento reducir. De manera que para que la producción compense esta aglomeración de capital muerto, de capital irreductible, no tiene más remedio la gran industria que producir a un ritmo enorme, como produce; y como a fuerza de aumentar la cantidad llega a producir más barato, invade el terreno de las pequeñas producciones, va arruinándolas una detrás de otra y acaba por absorberlas.

Esta ley de la aglomeración del capital la predijo Marx, y aunque algunos afirmen que no se ha cumplido, estamos viendo que sí, porque Europa y el mundo están llenos de «trusts», de sindicatos de prodcción enorme y de otras cosas que vosotros conocéis mejor que yo, como son esos magníficos almacenes de precio único, que pueden darse el lujo de vender a tipos de «dumping» sabiendo que vosotros no podéis resistir la competencia de unos meses, y que ellos, en cambio, compensando unos establecimientos con otros, unas sucursales con otras, pueden eperar cruzados de brazos vuestro total aniquilamiento.

Segundo fenómeno social que sobreviene: la proletarización. Los artesanos desplazados de sus oficios, los artesanos que eran dueños de su instrumento de producción y que, naturalmente, tienen que vender su instrumento de producción porque ya no les sirve para nada; los pequeños productores, los pequeños comerciantes,

van siendo aniquilados económicamente por este avance ingente, inmenso, incontenible, del gran capital y acaban incorporándose al proletariado, se proletarizan. Marx lo describe, con un extraordinario acento dramático, cuando dice que estos hombres, después de haber vendido sus productos, después de haber vendido el instrumento con el que elaboran sus productos, después de haber vendido sus casas, ya no tienen nada que vender, y entonces se dan cuenta de que ellos mismos pueden ser una mercancía, de que su propio trabajo puede ser una mercancía y se lanzan al mercado a alquilarse por una temporal eslavitud. Pues bien: este fenómeno de la proletarización de masas enormes y de su aglomeración en las urbes alrededor de las fábricas, es otro de los síntomas de quiebra social del capitalismo.

Y todavía se produce otro, que es la desocupación. En los primeros tiempos de empleo de las máquinas, se resistían los obreros a darles entrada en los talleres. A ellos les parecía que aquellas máquinas que podían hacer el trabajo de veinte, de cien o de cuatrocientos obreros, iban a desplazarles. Como se estaba en los tiempos de fe en el «progreso indefinido», los economistas de entonces sonreían y decían: «Estos ignorantes obreros no saben que esto lo que hará será aumentar la producción, desarrollar la economía, dar mayor auge a los negocios...; habrá sitio para las máquinas y para los hombres.» Pero resultó que no ha habido este sitio, que en muchas partes las máquinas han desplazado a la casi totalidad de los hombres en cantidades exorbitantes. Por ejemplo, en la fabricación de botellas de Checoslovaquia — éste es un dato que viene a mi memoria —, donde trabajaban, no en 1880, sino en 1920, 8.000 obreros, en este momento no trabajan más que 1.000, y, sin embargo, la producción de botellas ha aumentado.

El desplazamiento del hombre por la máquina no tiene ni la compensación poética que se atribuyó a la máquina en los primeros tiempos, aquella compensación que consistía en aliviar a los hombres de una tarea formidable. Se decía: «No; las máquinas harán nuestro trabajo, las máquinas nos liberarán de nuestra labor.» No tiene esa compensación poética, porque la que ha hecho la máquina no ha sido reducir la jornada de los hombres, sino, manteniendo la jornada igual, poco más o menos — pues la reducción de la jornada se debe a causas distintas —, desplazar a todos los hombres sobrantes. No ha tenido la compensación de implicar un aumento de los salarios; porque, evidentemente, los salarios de obreros han aumentado; pero, aquí también lo tenemos que decir todo tal como lo encontramos en las estadísticas y en la verdad, ¿sabéis en la época de prosperidad de los Estados Unidos, en la mejor época después de 1922 hasta 1929, en cuánto aumentó el volumen total de los salarios pagados a los obreros? Pues aumentó en el

5 por 100. Y ¿sabéis, en la misma época, en cuánto aumentaron los dividendos percibidos por el capital? Pues aumentaron en el 86 por 100. ¡Decid si es una manera equitativa de repartir las ventajas del maquinismo!

Pero era de prever que el capitalismo tuviera esta quiebra social. Lo que era menos de prever era que tuviera también una quiebra técnica, que es acaso la que está llevando su situación a términos desesperados.

Por ejemplo: las crisis periódicas han sido un fenómeno producido por la gran industria y producido, precisamente, por esa razón que os decía antes, cuando explicaba la aglomeración del capital. Los gastos irreductibles del primer establecimiento son gastos muertos que en ningún caso se pueden achicar cuando el mercado disminuye. La superproducción, aquella producción a ritmo violentísimo, de que hablaba antes, acaba por saturar los mercados. Se produce entonces el subconsumo y el mercado absorbe menos de lo que las fábricas le entregan. Si se conservase la estructura de la pequeña economía anterior, se achicaría la producción proporcionalmente a la demanda mediante la disminución en la adquisición de primeras materias y de mano de obra; pero como esto no se puede hacer en la gran industria, porque tiene ese ingente capital constante, ese ingente capital muerto, la gran industria se arruina: es decir, que técnicamente la gran industria hace frente a las épocas de crisis peor que la pequeña industria. Primera quiebra para su antigua altanería.

Pero después, una de las notas más simpáticas y atractivas del período heroico del capitalismo liberal falla también: era aquella arrogancia de sus primeros tiempos, en que decía: «yo no necesito para nada el auxilio público; es más, pido a los Poderes públicos que me dejen en paz, que no se metan en mis cosas». El capitalismo, muy en breve, bajó también la cabeza en este terreno; muy en breve, en cuanto vinieron las épocas de crisis, acudió a los auxilios públicos, y así hemos visto cómo las instituciones más fuertes se han acogido a la benevolencia del Estado, o para impetrar protecciones arancelarias, o para obtener auxilios en metálico. Es decir, que, como dice un escritor enemigo del sistema capitalista, el capitalismo, tan desdeñoso, tan refractario a una posible socialización de sus ganancias, en cuanto vienen las cosas mal, es el primero en solicitar una socialización de las pérdidas.

Por último, otra de las ventajas del libre cambio, de la economía liberal, consistía en estimular la concurrencia. Se decía: compitiendo en el mercado libre todos los productores, cada vez se irán perfeccionando los productos y cada vez será mejor la situación de aquellos que los compran. Pues bien: el gran capitalismo ha

eliminado automáticamente la concurrencia al poner la producción en manos de unas cuantas entidades poderosas.

Y vienen todos los resultados que hemos conocido: la crisis, la paralización, el cierre de las fábricas, el desfile inmenso de proletarios sin tarea, la guerra europea, los días de la trasguerra... y el hombre que aspiró a vivir dentro de una economía y de una política liberal, dentro de un principio liberal, que llenaba de sustancia y de optimismo a una política y a una economía, vino a encontrarse reducido a esta cualidad terrible: antes era artesano, pequeño productor, miembro de una corporación acaso dotada de privilegios, vecino de un municipio fuerte; ya no es nada de eso; al hombre se le ha ido librando de todos sus atributos, se le ha ido dejando químicamente puro en su condición de individuo; ya no tiene nada, tiene el día y la noche; no tiene ni un pedazo de tierra donde poner los pies, ni una casa donde cobijarse; la antigua ciudadanía completa, humana, íntegra, llena, se ha quedado reducida a estas dos cosas desoladoras: un número en las listas electorales y un número en las colas a las puertas de las fábricas.

Y entonces mirad qué dos perspectivas para Europa: de una parte, la vecindad de una guerra posible; Europa, desesperada, desencajada, nerviosa, acaso se precipite a otra guerra; de otro lado, el atractivo de Rusia, el atractivo de Asia, porque no se os olvide el ingrediente asiático de esto que se llama el comunismo ruso, en el que hay tanta o más que influencia marxista germánica, influencia típicamente anarquista, asiática. Lenin anunciaba, como última etapa del régimen que se proponía implantar — lo anunció en libro que se publicó muy poco antes de triunfar la revolución rusa —, que al final vendría una sociedad sin Estado y sin clases. Esta última etapa tenía todas las características del anarquismo de Bkunin y de Kropotkin, pero para llegar a esa última etapa había que pasar por otra durísima, marxista, de dictadura del proletariado, y Lenin, con extraordinario cinismo irónico, decía: «esta etapa no será ni libre ni justa. El Estado tiene la misión de oprimir; todos los Estados oprimen; el Estado de la clase trabajadora también sabrá ser opresor; lo que pasa es que oprimirá a la clase recién expropiada, oprimirá a la clase que hasta ahora la oprimía a ella. El Estado no será ni libre ni justo. Y, además, el paso a la última etapa, a esta etapa venturosa del anarquismo comunista, no sabemos cuándo llegará». Esta es la hora en que no ha llegado todavía, probablemente no llegará nunca. Para una sensibilidad europea, para una sensibilidad de burgués o de proletario europeo, esto es terrible, es desesperante. Allí sí que se llega a la disolución en el número, a la opresión bajo un Estado de hierro. Pero el proletariado europeo, desesperado, que no se explica su existencia en Europa, ve aquello de Rusia como un mito, como una posible remota liberación.

C)

117.—Observad adónde nos ha conducido la descomposición postrera del liberalismo político y del liberalismo económico: a colocar a masas europeas enormes en esta espantosa disyuntiva: o una nueva guerra, que será el suicidio de Europa, o el comunismo que será la entrega de Europa a Asia.

C M—M—

III

CRITICA DEL MARXISMO

118.—...el liberalismo, mientras escribía maravillosas declaraciones de derechos en un papel que apenas leía nadie, entre otras causas porque al pueblo ni siquiera se le enseñaba a leer, mientras el liberalismo escribía esas declaraciones, nos hizo asistir al espectáculo más inhumano que se haya presenciado nunca: en las mejores ciudades de Europa, en las capitales de Estados con instituciones liberales más finas, se hacinaban seres humanos, hermanos nuestros, en casas informes, negras, rojas, horripilantes, aprisionados entre la miseria y la tuberculosis y la anemia de los niños hambrientos, y reviviendo de cuando en cuando el sarcasmo de que se les dijera que eran libres y, además, soberanos.

Vd—4-3-34

119.—¿Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletario, que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa sin ver jamás completo el artificio de que aquel tornillo forma parte y sin estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la nómina?

TyR

120.—Una figura, en parte torva y en parte atrayente, la figura de Carlos Marx, vaticinó todo este espectáculo a que estamos asistiendo de la crisis del capitalismo. Ahora todos nos hablan por ahí de si son marxistas o si son antimarxistas. Yo os pregunto, con ese rigor de examen de conciencia que estoy comunicando a mis palabras: ¿Qué quiere decir el ser antimarxista? ¿Quiere decir que no apetece el cumplimiento de las previsiones de Marx? Entonces estamos todos de acuerdo. ¿Quiere decir que se equivocó Marx en

sus previsiones? Entonces los que se equivocan son los que le achacan ese error.

M—19-5-35

121.—El Socialismo tuvo que nacer, y fué justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad). Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa.

El Socialismo, que fué una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dió, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.

El Socialismo, sobre todo el Socialismo que construyeron, impasibles en la frialdad de sus gabinetes, los apóstoles socialistas, en quienes creen los pobres obreros, y que ya nos ha descubierto tal como eran Alfonso García Valdecasas; el Socialismo, así entendido, no ve en la historia sino un juego de resortes económicos: lo espiritual se suprime; la Religión es un opio del pueblo; la Patria es un mito para explotar a los desgraciados. Todo eso dice el Socialismo. No hay más que producción, organización económica. Así es que los obreros tienen que estrujar bien sus almas para que no quede dentro de ellas la menor gota de espiritualidad.

No aspira el Socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados Liberales, sino que aspira a la represalia; aspira a llegar en la injusticia a tantos grados más allá cuantos más acá llegaron en la injusticia los sistemas liberales.

Por último, el Socialismo proclama el dogma monstruoso de la lucha de clases; proclama el dogma de que las luchas entre las clases son indispensables, y se producen naturalmente en la vida, porque no puede haber nunca nada que las aplaque. Y el Socialismo, que vino a ser una crítica justa del liberalismo económico, nos trajo, por otro camino, lo mismo que el liberalismo económico: la disgregación, el odio, la separación, el olvido de todo vínculo de hermandad y de solidaridad entre los hombres.

M—29-10-33

122.—La lucha de clases tuvo un móvil justo, y el Socialismo tuvo, al principio, una razón justa, y nosotros no tenemos para qué negar esto. Lo que pasa es que el Socialismo, en vez de seguir su primera ruta de aspiración a la justicia social entre los hombres, se ha convertido en una pura doctrina de escalofriante frialdad, y no piensa, ni poco ni mucho, en la liberación de los obreros. Por ahí andan los obreros orgullosos de sí mismos, diciendo que son

marxistas. A Carlos Marx le han dedicado ya muchas calles en muchos pueblos de España; pero Carlos Marx era un judío alemán, que desde su gabinete observaba con impasibilidad terrible los más dramáticos acontecimientos de su época. Era un judío alemán que, frente a las factorías inglesas de Mánchester y mientras formulaba leyes implacables sobre la acumulación del capital, mientras formulaba leyes implacables sobre la producción y los intereses de los patronos y de los obreros, escribía cartas a su amigo Federico Angels, diciéndole que los obreros eran una plebe y una canalla, de la que no había que ocuparse sino en cuanto sirviera para la comprobación de sus doctrinas.

El Socialismo dejó de ser un movimiento de redención de los hombres, y pasó a ser, como os digo, una doctrina implacable, y el Socialismo, en vez de querer restablecer una justicia, quiso llegar en la injusticia, como represalia, adonde había llegado la injusticia burguesa en su organización. Pero, además, estableció que la lucha de clases no cesaría nunca, y además, afirmó que la historia ha de interpretarse materialmente; es decir, que para explicar la historia no cuentan sino los fenómenos económicos. Así, cuando el marxismo culmina en una organización como la rusa, se les dice a los niños, desde las escuelas, que la religión es un opio del pueblo, que la Patria es una palabra inventada para oprimir y que hasta el pudor y el amor de los padres a los hijos son prejuicios burgueses, que hay que desterrar a todo trance.

El Socialismo ha llegado a ser eso. ¿Creéis que si los obreros lo supieran sentirían simpatías por una cosa como ésa, tremenda, escalofriante, inhumana, que concibió en su cabeza aquel judío que se llamaba Carlos Marx?

Vd—4-3-34

123.—Al deshumanizarse el socialismo en la mente inhospitalaria de Marx, fué convertido en una feroz y helada doctrina de lucha. Desde entonces no aspira a la justicia social: aspira a sustanciar una vieja deuda de rencor imponiendo a la tiranía de ayer —la burguesía— una dictadura del proletariado.

LnE

124.—Las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos de prisa, pero implacablemente. Se va a a la concentración de capitales, se va a la proletarización de las masas, y se va, como final de todo, a la revolución social, que tendrá un durísimo período de dictadura comunista Esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros, europeos, occidentales, cristianos, porque ésta sí que es la terrible negación del hombre; esto sí que es la asunción del hombre en una inmensa masa amorfa, donde se pierde la

individualidad, donde se diluye la vestidura corpórea de cada alma individual y eterna. Notad bien que por eso somos antimarxistas; que somos antimarxistas porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo nos convierte en muchedumbre gregaria y también el capitalismo es internacional y materialista. Por eso no queremos ni lo uno ni lo otro: por eso queremos evitar... el cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente; no lo queremos como esos partidos antimarxistas que andan por ahí y creen que el cumplimiento inexorable de unas leyes económicas e históricas se atenúa diciendo a los obreros unas buenas palabras y mandándoles unos abriguitos de punto para los niños.

M—19-5-35

125.—Si la revolución socialista no fuera otra cosa que la implantación de un nuevo orden en lo económico, no nos asustaríamos. Lo que pasa es que la revolución socialista es algo mucho más profundo. Es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la religión por la irreligiosidad; la sustitución de la Patria por la clase cerrada y rencorosa; la agrupación de los hombres por clases y no la agrupación de los hombres de todas las clases dentro de la Patria común a todos ellos; es la sustitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado, que no sólo regula nuestro trabajo, como en un hormiguero, sino que regula también, implacablemente, nuestro descanso. Es todo esto. Es la venida tempestuosa de un orden destructor de la civilización occidental y cristiana; es la señal de clausura de una civilización que nosotros, educados en sus valores esenciales, nos resistimos a dar por caducada.

126.—¿Qué idea tienen de los bolcheviques mis detractores? ¿Piensan que el bolquevismo consiste, antes que nada, en delimitar tierras y reinstalar sobre ellas a un pueblo secularmente famélico? Pues se equivocan. El bolchevismo es en la raíz una actitud materialista ante el mundo. El bolchevismo podrá resignarse a fracasar en los intentos de colectivización campesina; pero no cederá en lo más importante: en arrancar del pueblo toda religión, en destruir la célula familiar, en materializar la existencia. Llega al bolchevismo quien parte de una interpretación puramente económica de la Historia. De donde el antibolchevismo es, cabalmente, la posición que contempla al mundo bajo el signo de lo espiritual. Estas dos actitudes, que no se llaman bolchevismo ni antibolchevismo, han existido siempre. Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas

materiales para sí y para los suyos caiga lo que caiga. Antibolquevique, el que está dispuesto a privarse de goces materiales para sostener valores de calidad espiritual. Los viejos nobles que por la Religión, por la Patria y por el Rey comprometían vida y haciendas, eran la negación del bolchevismo. Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolchevismo. Quizá por nuestro esfuerzo, no tan vituperado, logremos consolidar unos siglos de vida menos lujosos para los elegidos, pero que no transcurran bajo el signo de la ferocidad y de la blasfemia. En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo; éstos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolchevismo de espantoso refinamiento: el bolchevismo de los privilegios.

PuB—A B C, 31-7-35

IV

EL LIBERALISMO ESPAÑOL

A)

127.—Se dijera que el liberalismo, fuera de España, no había pasado de ser un intelectual, una especie de broma para los tiempos fáciles. Francia, por ejemplo, la que puso en más eficaz circulación el liberalismo, tiene buen cuidado de arrumbarlo en cuanto las cosas se ponen serias. En Francia no se juega con la Policía —de planta napoleónica—, ni con la ley—con guillotinas y Guayanas a su servicio—, ni con la Patria—guarnecida de implacables Consejos de guerra—. El liberalismo sirve para charlar y para tolerar licencias superficiales.

UoE

B)

128.—En realidad, nuestro liberalismo político y nuestro liberalismo económico, casi se han podido ahorrar el trabajo de descomponerse, porque apenas si han existido nunca. El liberalismo político ya sabéis lo que era. Las elecciones, hasta tiempo muy reciente, se organizaban en el Ministerio de la Gobernación, y aún muchos españoles se felicitaban de que anduvieran así las cosas. Uno

de los españoles más brillantes, Angel Ganivet, allá por el año 1887, decía, poco má o menos: «Por fortuna, en España tenemos una institución admirable, que es el encasillado; él evita que las elecciones se hagan, porque el día que las elecciones se hagan, la cosa será gravísima. Evidentemente, para adueñarse de la voluntad de las masas hay que poner en circulación ideas muy toscas y asequibles, porque las ideas difíciles no llegan a una muchedumbre, y como entonces va a ocurrir que los hombres mejor dotados, no van a tener ganas de irse por esas calles estrechando la mano al honrado elector y diciéndole majaderías, acabarán por triunfar aquellos a quienes las majaderías les salen como cosa natural y peculiar». Y años después—me parece que era el 1893—, recalcitrante, tenaz en su posición antidemocrática, venía a decir: «Yo soy un admirador entusiasta del sufragio universal, con una sola condición: la de que nadie vote». Y añadía: «no se crea que esto es una broma de mal gusto. Yo entiendo que en esencia, en principio, todos los hombres deben tomar parte en los destinos de su país, como encuentro que la situación perfecta del hombre es llegar a ser padre de familia; pero como las cosas son tan difíciles, a aquellos que en el camino de contraer matrimonio, les aconsejo que no lo hagan, y a aquellos que veo dispuestos a votar, les aconsejo que no voten. Por fortuna, el pueblo español no necesita estos consejos, porque él mismo ha decidido no votar».

Éste era, en realidad, nuestro liberalismo político. Y cuando dejó de ser esto, cuando hubo unas elecciones sinceras, hemos asistido al espectáculo de unas Cortes que, convencidas de que su triunfo las autorizaba a hacer lo que les viniera de gana, lo hicieron verdaderamente, hasta arrollar al resto de los mortales.

Por fuera de este vaivén entre el régimen liberal, que no existía, y las Cortes, que existieron demasiado, nos encontramos con que el Estado español, con que el Estado constitucional español, tal como lo vemos configurado en la Carta fundamental y en las leyes accesorias, no existe; es una pura broma, es un puro simulacro de existencia. El Estado español no existe en ninguna de sus instituciones más importantes.

M—9-4-35

C)

129.—El liberalismo español fué raquítico desde sus comienzos; desde sus principios empezó a claudicar con los auxilios estatales, con los auxilios arancelarios. Nuestra economía estaba más depauperada que casi ninguna; nuestro pueblo vivía más miserablemente que casi ninguno.

M—19-5-35

130.—El liberalismo económico, tampoco, en realidad, tuvo que fallar en España, porque la mejor época del liberalismo económico, la época heroica del capitalismo en sus orígenes, el capital español, en general, no la ha vivido nunca. Aquí las grandes empresas, desde el principio, acudieron al auxilio del Estado; no sólo no lo rechazaron, sino que acudieron a él, y muchas veces — lo sabéis perfectamente, está en el ánimo de todos — no sólo impetraron el auxilio del Estado, no sólo gestionaron aumentos de aranceles protectores, sino que hicieron de esa discusión arma de amenaza para conseguir del Estado español todas las claudicaciones.

C. M—9-4-35

131.—Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que sin amor ni esfuerzo cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes Compañías diez veces mejor retribuídos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de aciones liberadas, a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad o por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidiles. Para que esta gruesa capa de ociosos se sostenga, sin añadir el más mínimo fruto al esfuerzo de los otros, empresarios, industriales, comerciantes, labradores, pescadores, intelectuales, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión, tienen que substraer raspaduras a sus parvos medios de existencia. Así el nivel de vida de todas las clases productoras españolas, de la clase media y de las clases populares, es desconsoladoramente bajo: para España es un problema el exceso de sus propio producto, porque el pueblo español, esquilmado, apenas consume.

TIE

D)

132.—¡Cuántas veces habréis oído decir a los hombres de derecha: estamos en una época nueva, hace falta ir a un Estado fuerte, hay que armonizar el capital con el trabajo, tenemos que buscar una forma corporativa de existencia! Yo os aseguro que nada de esto quiere decir nada, que son puros buñuelos de viento. Armonizar el capital con el trabajo... es como si yo dijera: «me voy a armonizar con esta silla». ...Cuando se habla de armonizar el capital con el trabajo lo que se intenta es seguir nutriendo una insignificante minoría de privilegios con el esfuerzo de todos, con el esfuerzo de obreros y patronos.

C. M.—9-4-35

V

SOBRE EL ESTADO CORPORATIVO Y OTRAS FORMAS DE ESTADO

A)

133.—Esto del Estado corporativo es otro buñuelo de viento. Mussolini, que tiene alguna idea de lo que es el Estado corporativo, cuando instaló las veintidós Corporaciones, hace unos meses, pronunció un discurso en el que dijo: «Esto no es más que un punto de partida, pero no es un punto de llegada». La organización corporativa, hasta este instante, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; los patronos forman otra gran Federación (los dadores de trabajo, como se les llama en Italia); y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional, está bien; pero notad bien que éste es, agigantado, un recurso muy semejante al de nuestros Jurados Mixtos. Este recurso mantiene hasta ahora la relación del trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da trabajo y la posición del que arrienda su trabajo para vivir.

C. M—9-4-35

B)

134.—Los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales, que han servido para substituir al Estado; pero esto es inimitable, y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio. Ejemplo de lo que se llama Estado totalitario, son Alemania e Italia, y notad que no sólo no son similares, sino que son opuestos radicalmente entre sí; arrancan de puntos opuestos. El de Alemania arranca de la capacidad de fe de un pueblo en su instinto racial. El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues la Declaración de los derechos del hombre, es copia, calcada de las

Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán.

Ni la socialdemocracia ni el intento de montar, sin un genio, un Estado totalitario, bastarían para evitar la catástrofe. Hay otro género de ungüentos de los que en España somos pródigos: me refiero a las confederaciones, bloques y alianzas. Todos ellos parten del supuesto de que la unión de varios enanos es capaz de formar un gigante. Frente a este género de remedios, hay que tomar precauciones. Y no debemos dejarnos sorprender por su palabrería. Así, hay movimientos de esos que como primer puntal de sus programas ostentan la Religión, pero que sólo toman posiciones en lo que significan ventaja material; que a cambio de una moderación en la Reforma Agraria o un pellizco en los haberes del clero, renuncian al Crucifijo en las escuelas o a la abolición del divorcio.

Vd—3-3-35

VI

EL FASCISMO

135.—Para encender una fe, no de derecha (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto); ni de izquierda (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno); sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el fascismo. En su fe reside su fecundidad.

C. I a L. de T.

136.—El fascismo no es una táctica — la violencia —. Es una idea — la unidad —. Frente al marxismo, que afirma como dogma la lucha de clases, y frente al liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el fascismo sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente, suprema: la unidad histórica llamada Patria.

C. I. a L. de T.

137.—No hay nada más lejano del señorito ocioso, convidado a una vida en la que no cumple ninguna función, que el ciudadano del Estado fascista, a quien no se reconoce ningún derecho sino en razón del servicio que presta desde su sitio. Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores, es el Estado fascista.

C. I. a L. de T.

138.—En un Estado fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso; triunfa el principio ordenador común a todos, el pensamiento nacional constante, del que el Estado es órgano.

C. I. a L. de T.

139.—Casi ninguna de las objeciones contra el fascismo está formulada de buena fe. Alienta en ellas el oculto deseo de proporcionarse una disculpa ideológica para la pereza o la cobardía, cuando no para el defecto nacional por excelencia: la envidia, que es capaz de malograr las cosas mejores, con tal de que no deparen a un semejante ocasión de lucimiento.

140.—Mientras en Roma se firma el Tratado de Letrán, aquí tachamos de anticatólico al fascismo. Al fascismo que en Italia, después de noventa años de masonería liberal, ha restablecido en las escuelas el Crucifijo y la enseñanza religiosa. Comprendo la inquietud en países protestantes, donde pudiera haber pugna entre la tradición religiosa nacional y el fervor católico de una minoría. Pero en España, ¿a qué puede conducir la exaltación de lo genuino nacional sino a encontrar las constantes católicas de nuestra misión en el mundo?

VII

CRÍTICA GENERAL DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA

A)

141.—España, desde hace mucho tiempo llevaba una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper; por arriba, la falta de toda ambición histórica, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de una profunda justicia social. La falta de interés histórico que nos viene del pesimismo de treinta o cuarenta años, de no encontrar un interés que nos ligue a todos en el esfuerzo por una misma causa. La falta de justicia social nos viene de que si bien nosotros nos hemos librado hasta ahora —y no dejaremos de bendecir esa circunstancia—, de los horrores de la gran industria, de la gran industria que ha desencadenado sobre el mundo una de las mayores crisis, en cambio tenemos que reconocer que nuestra vida agraria, la de nuestras ciudades pequeñas y nuestros pueblos, es absolutamente inhumana e indefendible.

P — 6-6-34

142.—Nuestra España se hallaba, por una parte, como a salvo de la crisis universal; por otra parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma por razones típicas de desarraigo que no eran las comunes al mundo.

TyR

143.—...Aquí no puedo hablar en nombre de ninguna piedad filial; tengo que hablar como miembro de una generación a la que le ha tocado vivir después de la Dictadura y que quiera o no quiera, tiene que enjuiciar con ojos serenos, y si es posible con altura histórica, el fenómeno de historia y de política constituído por la Dictadura.

P — 6-6-34

144.—La Dictadura rompió un orden constitucional que regía a su advenimiento, embarcó la Patria en un proceso revolucionario, y, por desgracia, no supo concluirlo.

P — 6-6-34

145.—...la Dictadura, que subvirtió un orden constitucional, no tenía que justificarse por unos requisitos jurídicos... Sin que esto quiera decir... que no tuviera que justificarse como hecho histórico, como hecho político.

P — 6-6-34

146.—...la Dictadura... fracasó trágica y grandemente, porque no supo realizar su obra revolucionaria.

P — 6-6-34

147.—Al General Primo de Rivera... no le entendieron los que supusieron que le querían y no le quisieron los que podían haberle entendido.

Es decir: que si los intelectuales, que estaban apeteciendo desde hacía mucho tiempo la transformación revolucionaria de España desde abajo o desde arriba, le hubieran entendido, la revolución se hubiera podido hacer. Aquéllos no le entendieron y, en cambio, le quisieron los que, por una razón o por otra, no tenían el menor deseo de hacer ninguna revolución.

P — 6-6-34

148.—En el año 1923 no se había construído del todo ninguna doctrina que fuera capaz de reemplazar a la doctrina liberal democrática burguesa de los Estados que entonces existían. Si consideráis que aquel general de 1923 siguió no más que en once

meses a Mussolini, os asombraréis de que tuviera que adivinar todas las bases conceptuales de un sistema, cuando ese mismo sistema ha tardado diez o doce años en llegar a producir una bibliografía con que ahora se justifica «a posteriori». El General Primo de Rivera se encontró sin aquello; tenía que ir adivinando la razón íntima de cada uno de sus actos, y la fué adivinando durante seis años poco menos que milagrosamente.

P — 6-6-34

149.—La Dictadura, que estuvo encarnada en un hombre verdaderamente extraordinario, en un hombre —y esto estoy seguro de que no me lo negará ninguno— que tenía —lo ha dicho nada menos que Ortega y Gasset, que fué uno de sus adversarios más constantes— el alma cálida y además el espíritu templado y la cabeza clarísima, que tenía una facultad de intuición y de adivinación y de comprensión como muy pocos hombres, se encontró con una falta, sin la cual es imposible sacar un régimen adelante; a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica.

Esto, en aquel momento, era perfectamente disculpable.

P — 6-6-34

B)

150.—La Monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes destinos universales. Había fundado y sostenido un Imperio y lo había fundado y sostenido cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud: por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la Monarquía dejó de ser unidad de mando hacía bastante tiempo. En Felipe III, el Rey ya no mandaba; el Rey seguía siendo el signo aparente, mas el ejercicio del Poder decayó en manos de validos, en manos de ministros; de Lerma, de Olivares, de Aranda, de Godoy. Cuando llega Carlos IV, la Monarquía ya no es más que un simulacro sin substancia. La Monarquía, que empezó en los campamentos, se ha recluído en las Cortes; el pueblo español es implacablemente realista; el pueblo español, que exige a sus santos patronos que le traigan lluvia cuando hace falta y si no la traen les vuelve de espaldas en el altar, el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la Monarquía sin poder; por eso el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrase en lucha siquiera un piquete de alabarderos.

M — 19-5-35

151.—Ante el problema de la Monarquía, nosotros no podemos dejarnos arrastrar un instante ni por la nostalgia, ni por el rencor. Nosotros tenemos que colocarnos ante ese problema de la Monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un espectáculo decisivo en el curso de los días que componen la Historia... Nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil votos sentimentales de afecto, nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin substancia y se desprendió, como cáscara muerta el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece..., pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue por el recobro de una institución que juzgamos gloriosamente fenecida.

M — 19-5-35

C)

152.—...la República Española, cuya legitimidad no creo que nadie vaya a poner en duda, no nació de las elecciones municipales del 12 de abril... Cuando el Comité revolucionario manifestó en la *Gaceta* el hecho de haberse adueñado del Poder, los señores que formaban ese Comité revolucionario signaron su decreto de 15 de abril, no a título de concejales electos, sino a título de miembros del Comité revolucionario que revolucionariamente había impuesto su poder al hecho público español, como consecuencia exorbitante de unas elecciones municipales.

P — 6-6-34

153.—Pocas veces habrá habido un instante más propicio para iniciar, concluído uno, un nuevo y gran capítulo de la historia patria. ...Se abría por delante una clara esperanza para todo un pueblo; vosotros recordáis la alegría del 14 de abril. ...La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de la revolución pendiente. El pueblo español necesita su revolución, y creyó que lo había conseguido... porque le pareció que esa fecha le prometía sus dos grandes cosas, largamente anheladas: primero, la devolución de un espíritu nacional colectivo; después, la implantación de una base material, humana, de convivencia entre españoles.

M — 19-5-35

154. — En aquella mañana de abril no había socialistas ni liberalistas, obreros ni burgueses. Todos éramos unos: masa esperanzada y propicia a que nos modelaran nuestros mejores. ¿Qué pasaba para que nos hubiéramos confundido en una emoción sola, gentes enardecidas durante años por afanes distintos?

Había pasado esto, sencillamente: como siempre que se alcanza un alto grado de temperatura espiritual, se había volatilizado la vegetación de todos los programas, habían ardido las ilusiones concretas, y saltaba al aire, más fuerte que cualquiera deformación, la vena caliente y soterrada que todos llevábamos dentro, quizá sin advertirlo. Una vez más resplandecía la calidad religiosa, misteriosa, de los grandes momentos populares: no se creía ni en esto ni en aquello, en éste ni en aquél; se creía en el instante gozoso recién venido. El pueblo no confiaba ya en la virtud de tal o cual programa, sino en la inexpresada certidumbre de que había alcanzado una milagrosa capacidad de adivinación. Las discrepancias entre unos y otros, que hasta la víspera semejaban montañas, desaparecían. Se dijera que, sin saber cómo, habíamos aprendido a volar, y que, desde lo alto del vuelo, todo era pequeñez. Si el 14 de abril no hubiera habido más que los programas y los hombres conocidos, poco se hubiera podido esperar de él. Lo importante era esa otra cosa, la alegría del 14 de abril, que, con ser de expresión tan imprecisa, ocultaba más profunda precisión que todos los programas, ésta: la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular. Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset.

J. I

155. — El 14 de abril de 1931 se produjo un fenómeno de alegría popular semejante al del 13 de septiembre de 1923. El 14 de abril se derrumbó una institución milenaria;... lo que llenaba de alegría a quienes estaban alegres en aquella fecha, era la esperanza de que otra vez nos poníamos en trance de que se rompiese por arriba la lápida de la falta de ambición y de misión histórica, y por abajo la lápida de la falta de justicia social. La revolución del 14 de abril parecía prometer, en cuanto a lo histórico, la devolución a España de un interés y una empresa comunes... Y después, en cuanto al fondo social, la revolución del 14 de abril trajo no menos que esto, y esto sí que era su aportación más profunda y más interesante: la incorporación de los socialistas a una obra de Gobierno no exclusivamente proletaria.

P — 6-6-34

156 — Cada vez que ha parecido entreverse el resurgimiento de una común aspiración nacional, pronto lo ha frustrado la pugna de unos partidos contra otros. La última vez fué el 14 de abril de

hace tres años; entonces, a costa de la pérdida — lamentada por muchos — de una institución milenaria, pareció levantarse a los ojos de casi todos una coyuntura de alegre esperanza colectiva.

UmE

157. — Los hombres del 14 de abril pareció que llegaban de vuelta al patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad...

M — 15-5-35

D)

158. — El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad de charanga: era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933.

A. A — 31-10-35

159. — Los hombres del 14 de abril tienen en la Historia la responsabilidad terrible de haber defraudado otra vez la revolución española. Los hombres del 14 de abril no hicieron lo que el 14 de abril prometía.

M — 19-5-35

160. — ...hemos asistido al espectáculo de unas Cortes que, convencidas de que su triunfo las autorizaba a hacer lo que les viniera en gana, lo hicieron verdaderamente, hasta arrollar al resto de los mortales.

C.M.—M

E)

161. — (La República) en vez de haber tendido a mejorar la suerte del pueblo con una política generosa, se le irritó con propagandas agresivas y luego se le dejó sin nada: hambriento como antes y más rabioso. Un marxismo crudo y hostil impidió que lo nacional y lo social se armonizaran. La política social adquirió en muchos puntos un aire de insolencia, de altanería de vencedores. Los niños en las escuelas empezaron a levantar el puño y los obreros socialistas a mirar por la calle con la altivez de quienes si toleran la vida al resto de los mortales es por pura condescendencia. Un aire ruso, asiático, opresor, oreaba todo aquello. Empezaba a barruntarse la dictadura del proletariado.

J. I

162. — ...no hay nada que desgaste a un régimen como el tratar de esclarecer las responsabilidades de los regímenes anteriores.

P — 6-6-34

F)

163. — Su aparición (de Azaña) parecía el augurio de un cambio de estilo. Azaña no era popular: era un intelectual de minoría, un escritor selecto y desdeñoso, un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante, se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un ejemplar político del mayor interés: un hombre llegado al primer puesto de mando casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia, y que preparaba el instrumental para recortar el pueblo a su talante. Los viejos radicales y radicalsocialistas no tenían nada que revelar: este ateneísta arisco y misterioso podía, acaso, realizar experiencias sorprendentes. ¿Cuál fué la causa del fracaso de Azaña? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas — y extraordinaras — de político se malograsen en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. Azaña o la infecundidad, podría llamarse el ensayo que sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas..., pero sin motor. Azaña se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la Historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado: imitaba a esos campeones de la carretera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta — donde no les espera nada —, sino por el recorrido. Su política fué, de esta suerte, una política monstruosa. Para los que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible. España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo.

A. A 31-10-35

164. — ...el reproche político que puede lanzarse sobre el señor Azaña, la verdadera y grave acusación de que puede hacerse objeto al señor Azaña, es ésta: el señor Azaña tuvo en sus manos una de esas coyunturas que bajan sobre los pueblos cada cincuenta,

sesenta o cien años; el señor Azaña pudo hacer sencillamente la revolución española, la inaplazable y necesaria revolución española.

P — 21-3-35

165. — Azaña volverá a gobernar. Lo traerá a lomos, otra vez, con rugidos revolucionarios, aunque sea alrededor de las urnas, la masa que escuchaba su voz el 20 de octubre. Azaña volverá a tener en sus manos la ocasión cesárea de realizar, aun contra los gritos de la masa, el destino revolucionario que le habrá elegido dos veces. De nuevo España, ancha y virgen, atemorizada y esperanzada, le pondrá en ocasión de adueñarse de su secreto. Sólo si lo encuentra tendrá un fuerte mensaje que gritar contra el ruido de las masas rojas que lo habrán encumbrado. Pero Azaña no dará con el secreto: se entregará a la masa, que hará de él un guiñapo servil, o querrá oponerse a la masa sin la autoridad de una gran tarea, y entonces la masa lo arrollará y arrollará a España.

A. A 31-10-35

166. — Si a los cuatro días, o a los seis días del 6 de octubre de 1934 el Estado español, considerando a don Manuel Azaña representante de un sentido opuesto e incompatible con el propio Estado, lo hubiera hecho fusilar por un piquete, es muy posible que se hubiese cometido una injusticia penal, pero es evidente que hubiera servido una justicia histórica.

P — 21-3-35

G)

167. — Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas, a fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acababan por privar de valor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas. La izquierda, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaba por degradar la lucha económica en un encarnizamiento de fieras. Hoy están frente a frente dos concepciones totales del mundo; cualquiera que venza interrumpirá definitivamente el turno acostumbrado; o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española, de la existencia — con cuanto supone de servicio y de sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio — o vence la concepción materialista, rusa, de la existencia, que sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable policía, disgregará a España en repúblicas locales.

168. — Bajo estas expresiones externas — derechas, izquierdas — hay escondido algo profundo. Las esencias de estas actitudes, «derechas» e «izquierdas», podríamos resumirlas así: las «derechas» son las que consideran que el fin general del Estado justifica cualquier sacrificio individual y que se debe subordinar cualquier interés personal al colectivo; por el contrario, las «izquierdas» ponen como primera afirmación la del individuo, y todo está supeditado a ella; lo supremo es su interés, y nada que atente contra él está considerado como lícito.

Pero, según estas definiciones, ¿será derechista el comunismo? Porque el comunismo lo subordina todo al interés estatal; en ningún país ha existido menos libertad que en Rusia; en ninguno ha habido más sofocante opresión del Estado sobre el individuo. Pero se sabe que el fin último del comunismo es una organización sin Estado ni clase, una anarquía e igualdad perfecta. Así lo han manifestado los jefes comunistas: tras una dura etapa de rigor dictatorial, el colectivismo anarquista aproximadamente.

En las épocas chabacanas, como ésta que vivimos, se borran los perfiles de estas dos constantes. Y así acontece que los archiconservadores se sienten izquierdistas, es decir, individuales, cuando se trata de defender sus intereses. Tanto «derechas» como «izquierdas» se entremezclan y contradicen a sí mismas, porque se han vuelto de espaldas al espíritu fundamental de sus constantes.

EIL

169. — El derechismo quiere conservar la Patria, quiere conservar la unidad, quiere conservar la autoridad, pero se desentiende de esta angustia del hombre, del individuo, del semejante que no tiene para comer.

C. M. — M

170. — La derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas.

M — 29-10-33

171. — Lo constante de las izquierdas es interesarse por la suerte del individuo contra toda suerte de arquitectura histórica, contra toda arquitectura política, como si fueran términos contrapuetsos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es irónico; y estando dotado de una brillante colección de capacidades,

es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca para construir.

C. M — M

172.—(Derechas e izquierdas) encubren su insuficiencia bajo palabrería; unos invocan a la Patria sin sentirla ni servirla del todo; los otros atenúan su desdén, su indiferencia por el problema profundo de cada hombre, con fórmulas que, en realidad, no son más que mera envoltura verbal, que no significan nada.

C. M — M

H)

173.—Está bien que las urnas se parezcan al bombo de la lotería. Tanto da que una bola ruede la primera hacia el agujero, como que un manojo de papeletas abrume a otro manojo. Aquello lo decide cualquier duende encargado de los azares de la lotería; esto es, cualquier espíritu, bueno o malo, de justicia, de represalia o de histeria. Puro azar: un buen chiste contra un candidato puede privarle del triunfo a última hora. La comezón de sacudir a un Gobierno que irrita puede determinar a un pueblo a derribar mil cosas.

VsA

174.—Y hay quien cree que en este sorteo se ha ganado nada menos que la contrarrevolución. Muchos se sienten tan contentos. Una vez más tiende España a cicatrizar en falso: a cerrar la boca de la herida sin que se resuelva el proceso interior. Sencillamente: a dar por liquidada una revolución cuando la revolución sigue viva por dentro, más o menos cubierta por esta piel endeble que le ha salido de las urnas.

VsA

I)

175.—...de la escuela populista, ¿qué queréis esperar vosotros? La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas. Surge, en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista, surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico, de las masas socialistas; en seguida la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana: frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestran en escribir memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero, sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo, y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca. Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y su cortejo de mártires y su esperanza de gloria, y en seguida sale el partido populista y se va, supongámoslo para que nadie se dé por aludido, a El Escorial, y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera, menos con el valor juvenil revolucionariorio y fuerte que han tenido las juventudes fascistas.

M — 19-5-35

176.—Las derechas no han sacado del triunfo sino consecuencias egoístas, conservadoras; han derogado la Ley de Reforma Agraria, que era mala, no para substituirla por una buena, sino para reemplazarla por un sarcástico simulacro que no dará tierras a los campesinos españoles en menos de dos siglos; asisten sin congoja al renacimiento de los jornales de hambre; dedican al problema del paro poco más que palabrería... En una palabra: se cruzan de brazos ante la pervivencia de un tono de vida triste, miserable, antihigiénico, bronco y desesperanzado.

J. I

177.—Si las derechas triunfantes en 1933 hubieran traído algún mensaje que comunicar a España, el César fracasado de la revolución de abril no hubiera vuelto a alzar cabeza. Pero será inútil buscar precedentes de una torpeza mayor que la lucida por las derechas españolas. En vez de borrar la memoria del enemigo con la presencia de una obra honda y fuerte, no han hecho otra cosa que mantener viva la memoria del enemigo con una constante campaña de difamación, torpe y fea, y dormirse en una indolencia mortal, imperdonable en horas revolucionarias como las presentes. La política del segundo bienio (del bienio estúpido, como también se le ha llamado aquí) ha sido estérilmente conservadora de cuanto impide toda alegría hacia el futuro. Política híbrida: ni laica del todo, para no herir a los católicos, ni inspirada en sentido religioso, para no mortificar a los viejos tragacuras radicales, ni generosa en lo social, para respetar el egoísmo de los viejos caciques agrarios, ni desprovista de tal cual platónica declaración democrático-cristiana, a cargo del inquieto canonista señor Jiménez.

A. A — 31-10-35

178.—Paz y siesta. Eso es lo que apetecen, como programa máximo, las tres cuartas partes de esta España, que ha renunciado a la guerra en la Constitución y que ha perdido, estragada, el regusto antiguo de lo heroico.

EdS

179.—Se diría que pesa sobre nuestra Patria la maldición de no llegar a ser una realidad perfilada y establecida, sino un perpetuo proyecto de realidad, siempre en período de borrador inseguro.

UmE

J)

180.—Mala era la insolencia izquierdista de las Constituyentes; pero tampoco el señoritismo satisfecho de estas Cortes, las risotadas torpes de la actual mayoría ante la viva angustia de España, son lo que nosotros apetecíamos. Nosotros los jóvenes, los que nos movemos por impulsos espirituales, libres del egoísmo zafio de los viejos caciques, nosotros aspirábamos a una España grande y justa, ordenada y creyente. No es esto; no es esto.

J. I

181.—¿No notáis que se respira una atmósfera semejante a la de aquellos últimos días de 1930, en que ya preveíamos todos la proximidad de una sima? Esto se muere, y se muere después de una vida de esterilidad.

M — 17-11-35

182.—Después de todo, si no ocurriera más que eso, que se acabara ese tinglado cuyo derrumbamiento todos hemos previsto, y hemos apetecido muchos, nosotros no tendríamos nada que hacer ante el espectáculo. Pero no es sólo esto. Es que, en vísperas del hundimiento, tiene que acongojarnos la pregunta: ¿Y qué vendrá después?

M — 17-11-35

K)

183.—El separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir aun en el Estado primitivo de espontaneidad.

V — 4-3-34

184.—La pérdida de la unidad (territorial, espiritual, histórica), ¿es menos patente aquí que en otras partes? En todo caso podrá decirse que hay que esperar a que las cosas se pongan peor. Pero, si es posible hacerlo antes, ¿qué ventaja tiene el aguardar a los momentos desesperados? Sobre todo cuando está en gestación una dictadura socialista, organizada desde el Poder, que colocaría a España, de no malograrse, en situación de muy difícil vuelta.

185.—Se ha dicho que la autonomía viene a ser un reconocimiento de la personalidad de una región; que se gana la autonomía precisamente por las regiones más diferenciadas, por las regiones que han alcanzado la mayoría de edad, por las regiones que presentan caracteres más típicos; yo agradecería —y creo que España nos lo agradecería a todos— que meditásemos sobre esto; si damos las autonomías como premio de una diferenciación, corremos el riesgo gravísimo de que esta misma autonomía sea estímulo para ahondar la diferenciación. Si se gana la autonomía distinguiéndose con caracteres muy hondos del resto de las tierras de España, corremos el riesgo de que, al entregar la autonomía, invitemos a ahondar esas diferencias con el resto de las tierras de España. Por eso entiendo que, cuando una región solicita la autonomía, en vez de inquirir si tiene las características propias más o menos marcadas, lo que tenemos que inquirir es hasta qué punto está arraigada en su espíritu la conciencia de la unidad de destino; que, si la conciencia de la unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro que demos libertades a esta región para que, de un modo o de otro, organice su vida interna.

186.—Una región es mayor de edad «cuando ha adquirido tan fuertemente la conciencia de su unidad de destino en la patria común, que esa unidad ya no corre ningún riesgo por el hecho de que se aflojen las ligaduras administrativas».

187.—«Todos los que sienten a España, dicen ¡Viva Cataluña!, y vivan todas las tierras hermanas en esta admirable misión, indestructible y gloriosa, que nos legaron varios siglos de esfuerzos con el nombre de España».

P — 4-1-34

188.—...cuando nosotros empleamos el nombre de España, hay algo dentro de nosotros que se mueve muy por encima del deseo de agraviar a un régimen, y muy por encima del deseo de agra-

viar a una tierra tan noble, tan grande, tan ilustre y tan querida como la tierra de Cataluña.

P — 4-1-34

189.—Tenemos que estudiar otra vez a Cataluña, tenemos que observar despacio a Cataluña, con todo amor, con toda inteligencia, pero sin prisa, sin soluciones prejuzgadas, para que veamos si está bien afianzado en ella el sentido de la unidad en los destinos nacionales.

P — 30-11-34

L)

190.—La sublevación de la Generalidad de Cataluña ha sido un episodio solamente de la subversión total con que se ha intentado la consumación del aniquilamiento de España.

L G

191.—...vino un intento de golpe que, por fortuna para el Gobierno y para todos, se revistió de un carácter antinacional; tuvo la torpeza de enarbolar una bandera separatista, con la cual suscitó una repulsión instintiva, incluso en las últimas capas populares. El lado proletario del intento se obscureció con esa causa de inhibición: que a cualquier hombre español del pueblo, por muchas propagandas internacionalistas que le hayan metido en el alma, le repele siempre el agregarse a una bandera de separación antinacional.

P — 25-1-35

192.—Los revolucionarios han tenido un sentido místico, si se quiere satánico, pero un sentido místico de su revolución, y frente a ese sentido místico de la revolución no ha podido oponer la sociedad, no ha podido oponer el Gobierno, el sentido místico de un deber permanente y valedero para todas las circunstancias.

P — 6-11-34

193.—A este deber de terminar tajantemente la rebelión, de ponerle un desenlace, no cruel, pero sí rápido y limpio, ha faltado el Gobierno por entero. Si se hubiera cumplido ese deber, el Gobierno tenía otro, tenía el de contemplar cuáles fueron las causas de sinrazón interna, las razones de falta de consistencia, de justificación interna, que permitieron que una minoría audaz se lanzase al asalto del Poder. El Gobierno debió hacer ese examen de conciencia, como hay que hacerlo siempre al día siguiente de vencer,

para saber en qué parte podían tener razón los vencidos e impedir que otros traten de hacer lo que los vencidos no lograron. Y esto cada día lo hace menos el Gobierno; cada día el Gobierno se plantea menos la razón de su propio existir.

P — 25-1-35

194.—El Gobierno sabe perfectamente hasta qué punto le rodearon todas las asistencias con ocasión del 7 de octubre. No hay para qué recordar, porque ya lo he recordado alguna vez, cómo incluso el ímpetu joven de las gentes que me acompañan o me siguen fué el primero que se manisfestó, conmigo a la cabeza, en la Puerta del Sol; pero, cabalmente, para gritar al Gobierno esto: «¡Estáis en una fecha decisiva; tenéis delante una fecha decisiva, de las que pueden sacarse consecuencias inagotables para España».

P — 25-1-35

195.—Ni el Estado español, ni la sociedad española se hubieran defendido con brío frente a la revolución, si no hubiera entrado en juego el factor, que siempre nos parece imprevisto, pero que no falta nunca a la cita en ocasiones históricas, de este genio subterráneo de España, que ahora como siempre, albergado en uniformes militares, en uniformes de soldaditos duros, de oficiales magníficos, de veteranos firmes y de voluntarios prontos, una vez más, ahora como siempre, ha devuelto a España su unidad y su tranquilidad.

P — 6-11-34

196.—...esta vena heroica y militar —la de siempre— nos ha salvado; esta vena heroica y militar tiene que adquirir otra vez su condición preeminente.

P — 6-11-34

197.—Los hombres de España que han intentado penetrar en las entrañas de nuestra realidad viva para destrozarla, han jugado con Cataluña como un peón dócil para el sacrificio. Las cabezas de la revolución disociadora, suicida y estéril que hemos padecido, colocaron a los catalanes como propicias víctimas de paja, utilizando la demencia anacrónica, sangrienta y burlesca de una estúpida fracción catalana, que había brujuleado en las últimas horas, desde la delincuencia común hasta una especulación rencorosa y zurda, con los más turbios y equívocos sentimientos particularistas.

L G

198.—El triunfo sobre el primer intento armado de rebelión de la Generalidad, tenía substancia histórica para medio siglo. Se desperdició. La «táctica» siguió recomendando soluciones tibias y trámites lentos. El desenlace brillante, tajante, de la intentona, fué substituído por un inacabable laberinto de dilaciones y regateos. Todavía, pasado un año largo, asistimos a lo que se llama la «liquidación de los sucesos de octubre». El Estado se va devolviendo a pedazos, sin garantías para la conservación de la unidad nacional. Y en cuanto al socialismo, en vez de desmontarlo y substituirlo, se le irrita por un lado y se deja que lo alienten por otro.

J. I

199.—Precisamente las ocasiones desperdiciadas han sido las que abrieron siempre camino a las revoluciones nacionales: porque se desperdició Vittorio Veneto, vino la marcha sobre Roma; porque se ha desperdiciado el 7 de octubre, es muy posible que venga la Revolución Nacional, en cuyas filas me alisto.

P — 6-11-34

LL)

200.—(La) revolución del año treinta y uno... lo hizo a destiempo y mal. Lo hizo con una ley de Reforma Agraria que tiene, por lo menos, estos dos inconvenientes: un inconveniente, que en vez de querer buscar las unidades económicas de cultivo y adaptar a estas unidades económicas las formas más adecuadas de explotación, que serían probablemente, la explotación familiar en el minifundio regable y la explotación sindical en el latifundio de secano (ya véis cómo estamos de acuerdo en que es necesario el latifundio, pero no el latifundista), en vez de esto, la ley fué a quedarse en una situación interina de tipo colectivo que no mejoraba la suerte humana del labrador y, en cambio, probablemente le encerraba para siempre en una burocracia pesada.

(Otro inconveniente), aquello que da más argumentos a los enemigos de la ley agraria del año 32: la expropiación sin indemnización de los Grandes de España. ...Los señoríos jurisdiccionales, por una obra de prestidigitación jurídica, se transformaron en señoríos territoriales, es decir, trocaron su naturaleza de títulos de Derecho público en títulos de Derecho privado, patrimonial. Naturalmente, esto no era respetable; pero no era respetable en manos de los Grandes de España, como no era respetable en otras manos cualesquiera. En cambio, fuisteis a tomar una designación genealógica y a fijaros en el nombre que tenían derecho a ostentar ciertas familias, e incluísteis junto a algunos que tenían viejos señoríos jurisdiccionales a algunos de reciente creación, a algunos que paradójicamente habían sido elevados a la grandeza de España por sus grandes dotes de cultivadores de fincas.

P—23/24-7-35

200 bis.—...Se dice (en el proyecto) que la propiedad será pagada a su precio justo de tasación y se añade que no se podrán dedicar más de 50 millones de pesetas al año a estas operaciones de reforma agraria. ¿Qué hace falta para reinstalar a la población española sobre el suelo español? ¿Ocho millones de hectáreas, diez millones de hectáreas? Pues esto, en números redondos, vale unos 8.000 millones de pesetas; a 50 millones al año, tardaremos 160 años en hacer la Reforma Agraria. Si decimos esto a los campesinos, tendrán razón para contestar que nos burlamos de ellos. No se pueden emplear ciento sesenta años para hacer la Reforma Agraria; es preciso hacerla antes, más de prisa, urgentemente, apremiantemente, y por eso hay que hacerla, aunque el golpe les coja y sea un poco injuso, a los propietarios terratenientes actuales; hay que hacerla subestimando el valor económico como se ha subestimado el valor jurídico.

P—23/24-7-35

201.—Tenemos 700.000 hombres parados, y resulta que frente a la existencia de esos 700.000 hombres parados, que constituyen con su sola presencia una diatriba contra lo que pretendemos sea la civilización moderna y occidental de España; contra la acusación viviente de esos 700.000 famélicos, nos encontramos con que se ha desplegado la siguiente política de anuncio: la CEDA redactó un proyecto, o una proposición de ley, porque no estaba en el Poder **entonces, para** que se destinasen 100 millones al paro obrero. E partido radical dijo: ¿cien millones a nosotros? Nosotros elaboramos un proyecto para que se apliquen 1.000 millones. Pues ni los 100 millones ni los 1.000 millones se han destinado hasta ahora a remediar el paro obrero. En cambio, ya vamos teniendo la consoladora esperanza de que se levanten unos cuantos edificios públicos, quién sabe si necesarios o no, para aplacar en parte el problema obrero. Pero, ¿es que cree de veras el Gobierno que los sucesores inmediatos de los que hicieron la revolución del 14 de abril con el anuncio de que iban a implantar un orden social distinto —aspecto en el cual es probable que incluso los adversarios del sentido político del 14 de abril tuvieran que estar conformes—, que los que prometieron una organización económica diferente pueden contentarse con que se alcen unos edificios públicos y crean que con esto se da una solución al problema social? Comprenda el Gobierno que esto, en realidad, no es la justificación de un sistema político, que esto no es la justificación de un régimen.

P — 25-1-35

M)

202.—...la declaración constitucional de que España renuncia a la guerra. ¿Qué quiere decir eso? Si es una simple estupidez sin nada detrás, allá sus autores. Si se quiere decir que España tiene el propósito de ser neutral en guerras futuras, entonces tenía que decir que España tiene el propósito de ser neutral en guerras futuras, entonces tenía que haber ido seguida esa declaración de un aumento de fuerzas en la tierra, en el mar y en el aire, porque una nación con todas sus costas abiertas y colocada en uno de los puntos más peligrosos de Europa, no puede decidir ni siquiera acerca de su neutralidad si no puede hacer que la respeten. Sólo los fuertes pueden ser dignamente neutrales. Yo no sé si los autores de aquella frase querrían imponernos una neutralidad indigna.

M.—19-5-35

203.—España lleva cuatro años haciendo la política internacional francesa, moviéndose en la órbita internacional de Francia. El que España desenvuelva una política internacional de acuerdo con potencias amigas, es cosa que no tiene por qué sorprendernos. Pero en lo internacional las naciones nunca entregan sino a costa de recibir algo, y Francia, cuya política internacional servimos, nos maltrata en los tratados de comercio y nos tiene relegados a un plano inferior en Tánger y negocia a nuestras espaldas el régimen del Mediterráneo, como si en el Mediterráneo no estuviéramos nosotros; es decir, que lo único que nos resarce de servir en el mundo a la política internacional francesa, es la vanidad satisfecha de algún pedante ministro o embajador.

M.—19-5-35

204.—...tranquilamente, en conferencias públicas de un Jefe de Gobierno y de un ministro del Exterior, se está organizando la política del Mediterráneo, y, como si nosotros fuéramos una isla en el Océano Pacífico, ésta es la hora en que no tenemos la menor noticia de que el Gobierno se preocupe por reclamar un puesto, en nombre de España, para que sea oída en la organización y en la política del Mediterráneo.

P.—25-1-35

N)

205.—Rota toda posibilidad de convivencia, habrá que disolver las Cortes. Unas elecciones serán la entrega del país a la pugna entre dos mitades encarnizadas: derechas e izquierdas. ¿Quién tendrá razón en esta pugna? Para saberlo hay que examinar qué son las izquierdas y qué son las derechas en España.

206.—El orden constitucional vigente ya no puede soportarse a sí mismo. El Estado, para vivir, tiene que acogerse a subterfugios que le instalen fuera del normal funcionamiento de las instituciones. Ya no es sólo el estado de guerra, convertido en endémico con su secuela de clausuras, intervención de Prensa, prisiones gubernativas y todo lo demás; es la formación de un Gobierno nacido en sistema parlamentario, pero que no podrá vivir media hora en el Parlamento; de un Gobierno que para gozar de una pasajera ilusión de la vida tiene que mantener las Cortes cerradas hasta el límite que autoriza la Constitución.

O)

207.—Los actuales fiduciarios del Frente Popular, obedientes a un plan trazado fuera, descarnan de modo sistemático cuanto, en la vida española, pudiera ofrecer resistencia a la invasión de los bárbaros.

208.—La victoria del Frente Popular no es, en este sentido, buena para nosotros. Tampoco hubiera sido bueno el triunfo de derechas. Se hubiera llegado a tal degradación utilitara, que todo hubiera tendido a sofocar, por completo, los valores espirituales y, lo que es peor, a convertirlos en puro verbalismo, parodia y falsificación. Este proceso degradante iba muy avanzado ya en vísperas de las elecciones. Su triunfo esta vez era el triunfo de un capitalismo confabulado en sus peores aspectos. La Falange hubiese sufrido espiritualmente en esta paz fangosa más que en la cruda guerra hoy planteada.

BtD

209.—Las «consignas» vienen de fuera, de Moscú. Ved cómo rigen exactamente en diversos pueblos. Ved cómo en Francia, conforme a las órdenes soviéticas, se ha transformado el Frente Popular sobre la misma pauta que en España. Ved cómo aquí —según anunciaron los que conocen estos manejos— ha habido una tregua hasta la fecha precisa en que terminaron las elecciones francesas, y cómo el mismo día en que los disturbios de España ya no iban a influir en la decisión de los electores franceses, se han reanudado los incendios y las matanzas.

C Ms

210.—Los «propósitos de la revolución» son bien claros. La Agrupación Socialista de Madrid, en el programa oficial que ha redactado, reclama para las regiones y las colonias un ilimitado derecho de autodeterminación, que incluso las lleve a pronunciarse por la independencia.

211.—El «sentido» del movimiento que avanza es radicalmente antiespañol. Es enemigo de la Patria. Menosprecia la honra al fomentar la prostitución colectiva de las jóvenes obreras en esos festejos campestres donde se cultiva todo impudor; socava la familia, suplantada en Rusia por el amor libre, por los comedores colectivos, por la facilidad para el divorcio y para el aborto (¿no habéis oído gritar a muchachas españolas estos días: «Hijos, sí; maridos, no»? y reniega del honor, que informó siempre los hechos españoles, aun en los medios más humildes; hoy se ha enseñoreado de España toda villanía: se mata a la gente cobardemente, cien contra uno; se falsifica la verdad por las autoridades; se injuria desde inmundos libelos y se tapa la boca a los injuriados para que no se puedan defender; se premia la traición y la soplonería... ¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijera que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido substituído por una plebe frenética, degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo XIX conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora.

P)

212.—El Ejército es, ante todo, la salvaguardia de lo permanente; por eso no se debe mezclar en luchas accidentales. Pero cuando es lo permante mismo lo que peligra, cuando está en riesgo la misma permanencia de la Patria (que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, incluso perder su unidad), el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir. Si se abstiene, por una interpretación puramente externa, de su deber, se expone a encontrarse, de la noche a la mañana, sin nada a qué servir. En presencia de los hundimientos decisivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera, recobrándolo con sus propias armas.

C Ms

213.—¿Habrá todavía entre vosotros —soldados, oficiales, españoles de tierra, mar y aire— quien proclame la indiferencia de los militares por la política? Esto pudo y debió decirse cuando la política se desarrollaba entre partidos. No era la espada militar la llamada a decidir sus pugnas, por otra parte harto mediocres. Pero hoy no nos hallamos en presencia de una pugna interior. Está en litigio la existencia misma de España como entidad y como unidad. El riesgo de ahora es exactamente equiparable al de una invasión extranjera. Y esto no es una figura retórica: la extranjería del movimiento que pone cerco a España se denuncia por sus consignas, por sus gritos, por sus propósitos, por su sentido.

C II Ms

214.—La última partida es siempre la partida de las armas.

215.—Sin vuestra fuerza —soldados— nos será titánicamente difícil triunfar en la lucha. Con vuestra fuerza claudicante, es seguro que triunfa el enemigo. Medid vuestra terrible responsabilidad. El que España siga siendo, depende de vosotros. Ved si esto no os obliga a pasar sobre los jefes vendidos o cobardes, a sobreponeros a vacilaciones y peligros. El enemigo, cauto, especula con vuestra indecisión. Cada día gana unos cuantos pasos. Cuidad de que al llegar el momento inaplazable no estéis ya paralizados por la insidiosa red que alrededor se os teje. Sacudid desde ahora mismo sus ligaduras. Formad desde ahora mismo una unión firmísima, sin esperar a que entren en ella los vacilantes. Jurad por vuestro honor que no dejaréis sin respuesta el toque de guerra que se avecina.

215 bis.—Queráis o no queráis, militares de España, en unos años en que el Ejército guarda las únicas esencias y los únicos usos íntegramente reveladores de una permanencia histórica, al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de reemplazar al Estado, inexistente.

Puestos dos destinos de España en manos del Ejército, son de prever dos escollos contrarios capaces de malograr la prueba. Son estos dos escollos el exceso de humildad y el exceso de ambición.

1. Exceso de humildad. — Es muy de temer que el Ejército se asigne a sí mismo el papel, demasiado modesto, de mero ejecutor de la subversión y se apresure a depositar el poder en manos ajenas. En este caso son previsibles dos soluciones igualmente erróneas:

a) El Gobierno de notables, o reunión de eminencias requeridas por sus respectivas reputaciones, sin consideración a los principios políticos que profesan. Esto frustraría la magnífica posibilidad nacional del instante. Un Estado es más que el conjunto de unas cuantas técnicas; es más que una buena gerencia; es el instrumento histórico de ejecución del destino de un pueblo. No puede conducirse a un pueblo sin la clara conciencia de su destino. Pero cabalmente la interpretación de ese destino y de los caminos para su cumplimiento es lo que constituye las posiciones políticas. El equipo de ilustres señores no coincidentes en una fe política se reduciría a una mejor o peor gerencia llamada a languidecer sin calor popular en torno suyo.

b) El Gobierno de concentración, o reunión de representantes de los diferentes partidos que se prestaran a participar en el Gobierno. Esta solución añadiría, a la esencial esterilidad interna de la solución anterior, la de no constituir en la práctica sino una recaída en la política de partidos; concretamente, en la de los partidos de

derecha, ya que es patente que los de izquierda no iban a querer intervenir. Es decir, que lo que hubiera podido ser el principio de una Era nacional prometedora, vendría a quedar reducido, una vez más, al triunfo de una clase, de un grupo, de un interés parcial. Estos serían los peligros de un exceso de humildad.

Pero también lo contrario es temible. Vamos a considerarlo:

II.—Exceso de ambición. — No —entendámonos— de ambición personal de los militares, sino de ambición histórica. Esto ocurriría si los militares, precatados de que no basta con una buena gerencia, sino que es necesario suscitar la emoción de una tarea colectiva, de una interpretación nacional del momento histórico, quisieran ser ellos mismos quienes la suscitaran. Es decir, si los militares, ejecutores o coadyuvantes en el golpe de Estado, se propusieran descubrir por sí mismos la doctrina y el rumbo del Estado nuevo. Para un intento así, los militares no cuentan con una suficiente formación política. Si yo tratara — como tantos — de adular al Ejército, le atribuiría, sin más, todas las capacidades. Por lo mismo que sé lo que representa el Ejército, el inmenso acervo de virtudes silenciosas, heroicas e intactas que atesora, me parecería indecente adularle; pienso, en cambio, que es lo leal poner a su servicio un esfuerzo de lucidez. Por eso digo estas cosas como lo pienso: el Ejército, habituado a considerar que la política no es su misión, tiene, en lo político, un ángulo visual incompleto. Peca de honrada ingenuidad al propugnar soluciones políticas. Así no logra atraer, por falta de eficacia doctrinal, de sugestión dialéctica, asistencias populares y juveniles persistentes. No olvidemos el caso del General Primo de Rivera: lleno de patriotismo, de valor y de inteligencia natural, no acertó a encender entusiasmos duraderos por falta de una visión sugestiva de la Historia. La Unión Patriótica, escasa de subtancia doctrinal, se quedó en una vaguedad candorosa y bien intencionada.

Si la Providencia pone otra vez en vuestras manos, oficiales, los destinos de la Patria, pensad que sería imperdonable emprender el mismo camino sin meta. No olvidéis que quien rompe con la normalidad de un Estado contrae la obligación de edificar un Estado nuevo, no meramente la de restablecer una apariencia de orden. Y que la edificación de un Estado nuevo exige un sentido resuelto y maduro de la historia y de la política, no de una temeraria confianza en la propia capacidad e improvisación.

C Ms

TERCERA PARTE

Por último, en esta tercera parte se incluye el pensamiento político positivo de JOSE ANTONIO: los motivos de la actividad histórica de una generación; las consignas a la Falange, instrumento revolucionario; la tarea que la revolución nacional tiene que realizar —revolución social, reforma agraria, sindicación vertical...—, y, por último, la clara visión del futuro imperial de España y la empresa que nos cabe a la hora presente —la empresa ejemplar y aleccionadora: decir la «última palabra» que nos convierta en faro del mundo y coloque política e históricamente, una vez más, a la cabeza de las naciones.

I

LA JUVENTUD A LA INTEMPERIE

216. — Llevábamos una serie de lustros escuchando enseñanzas y propaganda derrotista y habíamos llegado casi a perder la fe en nosotros mismos. Esta era ya la España heredera de una España de debilidades, de claudicaciones, de pintoresquismos, de Madrid en Fornos y de la «cuarta de Apolo», de los periodistas espadachines, de aquellos que empeñaban alegremente las capas mientras se estaba perdiendo el resto del Imperio español. Nos habíamos acostumbrado a una vida mediocre y chabacana.

P—9-10-34

217. — ...esto de que... España... no tenga ningún interés histórico que cumplir en la vida universal y esté manteniendo por debajo un régimen social totalmente injusto, es lo que hace que España tenga todavía pendiente su revolución.

P — 6-6-34

218. — ...cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias y, por lo que nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y todas las pugnas.

M—29-10-33

219. — ...una juventud, que en estos momentos está desencuadrada de los partidos gobernantes y de los partidos de la oposición, no lo está porque tenga... el prurito de jugar a los señoritos fascistas. No hay nada más lejos de nuestro propósito...

...nuestra generación, que tiene tal vez por delante treinta o cuarenta años de vida, no se resigna a seguir otra vez viviendo en aquella capa chata incluída entre una falta de interés histórico y una falta de justicia social.

P—6-6-34

220. — ...Todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la Gran Guerra, y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República Española, sentimos que hay latente en España y reclama cada día más insistentemente que se la saque a luz... una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español, que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer.

P — 3-7-34

221. — ...si una generación se debe entregar a la política, no se puede entregar con el repertorio de media docena de frases con que han caminado por la política otras muchas generaciones.

P — 3-7-34

222. — Pensamos como siempre, sin reservas mentales, en España y nada más que en España; porque España es más que una forma constitucional; porque España es más que una circunstancia histórica; porque España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y a cada una de esas tierras.

P — 4-1-34

223. — Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alicorta, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenten con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba... Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo, las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el Pan y la Justicia.

M — 2-2-36

224. — Necesitamos dos cosas: una nación y una justicia social. No tendremos nación mientras cada uno de nosotros se considere portador de un interés distinto: de un interés de grupo o de bandería. No tendremos justicia social mientras cada una de las clases, en régimen de lucha, quiera imponer a las otras su dominación.

Por eso, ni el liberalismo ni el socialismo son capaces de depararnos las dos cosas que nos hacen falta.

LnE

225. — España necesita su revolución; España necesita una revolución que la devuelva el sentido de un quehacer en el mundo y que instale sobre una base social tolerable... La base social española está saturada y entrecruzada de injusticia; los españoles, todavía en una gran parte, viven al nivel de los animales. El país español, la Nación española, necesita una total reorganización de la economía, necesita un sentido social absolutamente nuevo y necesita el sentirse unida en una misión colectiva que cumplir.

P — 31-3-35

226. — ...todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. Nosotros integramos esas dos cosas: la Patria y la justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre esos dos principios inconmovibles queremos hacer nuestra revolución.

Vd — 4-3-34

227. — Frente a una voluntad decisiva de asalto no basta una helada y pasiva intención de resistencia. A una fe tiene que oponerse otra fe. Ni en las mejores horas imperiales, donde hay tanto que merece conservación, basta con el destino inerte de conservar. Una nación es siempre un quehacer, y España, de singular manera. O la ejecutoria de un destino en lo universal, o la víctima de un rápido proceso de disgregación.

AlE

228. — No hay quien salve lo material: lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine valores esenciales del espíritu. Y esto es lo que queremos salvar nosotros, cueste lo que cueste...

EyB

229. — ...nos dirá alguno: ¿Por qué introducís la política en la Universidad? Por dos razones: primera, porque nadie, por mucho que se especialice, puede subtraerse al afán común de la política. Segunda, porque el hablar sinceramente de política es evitar el pecado de los que, encubriéndose en un apoliticismo hipócrita, introducen la política de contrabando en el medio científico.

DyP

230. — (La misión de la juventud española es)... bien clara: llevar a cabo por sí misma la edificación de la España entera, armoniosa; por sí misma, por la juventud misma que la siente y la entiende, sin intermediarios ni administradores.

J I

231. — Si el servicio de España es algo eterno e insobornable, contra el que nada pueden conjuras ni zancadillas de los tiempos, para este mejor servicio — para el que poco significa la entrega de la vida misma — han de ser extraídas cuidadosamente todas las enseñanzas. Y para recoger estas enseñanzas, ágilmente españolas, nosotros predicamos el reencuentro con las auténticas venas de España.

L G

232. — ...nosotros seríamos un partido más si viniéramos a anunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué casos debemos reñir y en qué casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.

M — 29-10-33

233. — Sólo el embarque en más altas empresas, imposibilitará de manera absoluta la creación de un estado, de ánimo semejante al que facilitó la criminal intentona de Cataluña.

L G

234. — ...veréis cómo rehacemos la dignidad del hompre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria.

M — 19-5-35

II

EL INSTRUMENTO DE LA REVOLUCION

235. — ...con un candor risible, aconsejaban, a guisa de remedio, la vuelta pura y simple de las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un «estado» y no un «proceso», y como si a los pueblos les fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

Entre una y otra de esas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución — no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con un pulso firme al servicio de una norma — y de la tradición — no como remedio, sino como substancia, no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circuntancias.

TyR

236. — Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo de que ningún movimiento político haya venido al mundo con un proceso interno de más austeridad, con una elaboración más severa y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales — ¿quién va a saberlo como yo? — pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones.

TyR

237. — Nuestros hermanos de las J. O. N. S. guiados por Ramiro Ledesma, fueron los primeros en abrir la brecha difícil. Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de Marzo que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas, la que hoy nos da ya por todas partes su brote de verdor.

FyJ

238. — Nuestro movimiento... empalma... con la revolución del 14 de abril. La ocasión de nuestra aparición en España fué el 14 de abril. Esta fecha... ha sido mirada desde muy distintos puntos de vista; ha sido, como todas las fechas históricas, contemplada con bastante torpeza y bastante zafiedad.

M — 19-5-35

239. — F. E. y J. O. N. S. eran dos movimientos idénticos, procedentes de un mismo estado de espíritu ético y patrtico, con raíces intelectuales comunes, nacidos de una misma escueta autenticidad española. Uno y otro estaban y están puestos al servicio de las mismas grandes invariantes de la historia patria y nutridos de la misma actualidad técnica y universal frente a la vicisitud de los tiempos.

FyJ

240. — Dos movimientos, con una finalidad idéntica y con una técnica idéntica, afianzados además en el principio inconmovible de la unidad y la abolición de los partidos, no tenían sino otro remedio que aniquilarse uno a otro, lo cual hubiera sido inhumano, inin-

teligente y absurdo, o fundirse en uno solo, apenas demostrada la ya demasiado evidente vitalidad de entrambos. Y, hecha la unión, en todo nos ha sonreído la fortuna.

FyJ

241. — Nos hemos unido por arriba como seres nobles y generosos para defender abnegadamente a la Patria y no por subalternos intereses para defender particularidades que unen a los partidos de clase bajo máscaras de grandes principios. Nosotros no tenemos intereses subalternos de clase, y quien nos conozca y quien nos mire de cerca en lo hondo, lo sabe. Nos hemos unido no sólo por lo más alto y noble, sino por la emoción, aun más que por la inteligencia. La sangre de nuestros muertos nos ha unido y ella es la que ha sellado nuestro pacto. Aquí abajo nos abrazamos nosotros en un solo haz, pero allá arriba, sobre el cielo azul de las Españas, se dan hoy un abrazo estrecho José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero y Rodríguez de Trujillo.

FyJ

242. — Con las J. O. N. S., hoy todavía más que ayer, al formarnos en un solo haz de combate, somos rotundamente «ni de izquierdas ni de derechas», o sea, de España, de la justicia, de la comunidad total de destino, del pueblo como integridad victoriosa de las clases y de los partidos.

FyJ

243. — Nuestro movimiento... no es una manera de pensar, es una manera de ser. No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida.

M — 29-10-33

244. — Aquí nadie es nada, sino una pieza, un soldado en esta obra, que es la obra nuestra y la de España.

V — 4-3-34

245. — No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar (o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia, ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso) y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España.

P — 6-11-34

246. — Disciplina y servidumbre, cantan sobre la cabeza de una generación que aspira a hacer imposible un nuevo ataque contra el ser, entero y eterno, de España.

L G

247. — La milicia iza su banderín de enganche en todas las esquinas de la conciencia nacional. Para los que aún conservan su dignidad de hombres, de patriotas. Para los que en sus pulsos perciben todavía el latido de la sangre española y escuchan en el alma la voz de sus antepasados enterrados en el patrio solar, y les resuena en el corazón el eco familiar de las glorias de los hombres de su nación y de su raza que claman por su perpetuidad.

ShM

248. — La milicia es una exigencia, una necesidad ineludible de los hombres y de los pueblos que quieren salvarse, un dictado irresistible para quienes sienten que su patria y la continuidad de su destino piden a chorros desangrados de gritos, en oleada de voces imperiales e imperiosas, su encuadramiento en una fuerza jerárquica y disciplinada bajo el mando de un jefe, con la obediencia de una doctrina, en la acción de una sola táctica generosa y heroica.

ShM

249. — Habéis vivido a diario la tensa existencia de la Falange; habéis llegado a entender la vida a través de una actitud completa, de un sentido total, aplicable a lo grande y a lo menudo; vuestra apostura se ha hecho al garbo de la camisa azul; habéis adquirido un vocabulario inconfundible.

EdS

250. — Lo que menos importa en el movimiento que ahora anuncia en Europa su pleamar, es la táctica de fuerza, meramente adjetiva, circunstancial acaso, en algunos países innecesaria.

C. I a L. de T

251. — Casi siempre el empezar a tiros es la mejor manera de llegar a entenderse.

EyB

252. — ..si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque, ¿quién ha dicho — al hablar de «todo menos violencia» — que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dia-

léctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la Justicia y a la Patria.

M — 29-10-33

253. — Si no hubiera otro medio que la violencia, ¿qué importaría? Todo sistema se ha implantado violentamente, incluso el blando liberalismo (la guillotina del 93 tiene a su cargo muchas más muertes que Mussolini e Hitler juntos).

La violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la Justicia. Pero hasta Santo Tomás, en casos extremos, admitía la rebelión contra el tirano. Así, pues, el usar la violencia contra una secta triunfante, sembradora de la discordia, negadora de la continuidad nacional y obediente a consignas extrañas (Internacional de Amsterdam, masonería, etc.), ¿por qué va a descalificar el sistema que esa violencia implante?

254. — Nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él, España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas grandes, la injuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres...

...Hay que «movilizar a España» de arriba a abajo; ponerla en pie de guerra. España necesita organizarse de un salto, no permanecer en cama como enfermo sin ganas de curar, entre los ungüentos y las cataplasmas de una buena administración.

EdS

255. — ...nosotros, que no somos de derecha ni de izquierda, que sabemos que una y otra postura son incompletas, insuficientes, pero que no desconocemos, sin embargo, que en la derecha y en la izquiera, como esperando la voz que le redima, está todo el material humano de que España dispone...

FaE

256. — ...los miembros de esa juventud de la que formo parte consideramos que no sólo es mala una dictadura de derechas y una dictadura de izquierdas, sino que ya es malo que haya una posición política de derechas y una posición política de izquierdas.

P — 19-12-33

257. — Ni estamos en el grupo de la reacción monárquica, ni estamos en el grupo de la reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un

propósito contrarrevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos el 14 de abril, no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase, una vez más, la revolución pendiente española... Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico, y la justicia social profunda que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna, que esconde la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias, porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista.

M — 19-5-35

258. — ...nos sentimos, no de la vanguardia, sino del ejército de un orden nuevo que hay que implantar en España; que hay que implantar en España, digo, y, ambiciosamente, añado: de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo.

EyB

259. — La Falange es la servidora de dos extremismos, de dos misticismos: el de la permanente revolución cristiana y civilizadora y el de la presente revolución moderna, reivindicadora y popular. La Falange puede limpiar, fijar y dar esplendor a cuanto hay de sucio, incierto y deformado y opaco en izquierda y derecha, pero que en izquierda y derecha responde a raíces profundas, mal cultivadas, desarrolladas en árboles viciosos y torcidos. De esta doble corrección nace la integridad del Estado nuestro, que se liga por sus dos extremismos al fondo de un país que en gran parte se conserva tradicional y católico, y al fondo de un país que por otra parte hierve de reivindicaciones modernas y populares. Alía de este modo la Falange, en su revolución ordenada, conciencia de modernidad y conciencia de eternidad, o sea, plenitud de conciencia histórica.

BED

260. — Nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas.

M — 29-10-33

261. — ...muchas personas que nos suponían a nosotros venidos al mundo para jugarnos la vida en defensa de su propia tranquilidad, incluso en periódicos conservadores nos afeaban que no nos entregásemos al asesinato; imaginaban que nos estábamos jugando nuestra vida y la vida de nuestros camaradas jóvenes para que a ellos no se les alterase su reposo.

P — 3-7-34

262. — ...como por el mundo circulaban tales y cuales modelos y como uno de los rasgos característicos del español es su perfecto desinterés por entender al prójimo, nada pudo parecer menos al sentido dramático de la Falange que las interpretaciones florecidas a su alrededor en mentes de amigos y enemigos. Desde los que, sin más ambages nos suponían una organización encaminada a repartir estacazos, hasta los que, con más empaque intelectual, nos estimaban partidarios de la absorción del individuo por el Estado; desde los que nos odiaban como a representantes de la más negra reacción, hasta los que suponían querernos muchísimo, para ver en nosotros una futura salvaguardia de sus digestiones; ¡cuánta estupidez no habrá tenido uno que leer y que oír acerca de nuestro movimiento! En vano hemos recorrido España desgañitándonos en discursos; en vano hemos editado periódicos; el español, firme en sus primeras conclusiones infalibles, nos negaba aun a título de limosna lo que hubiéramos estimado más: un poco de atención.

TyR

263. — ...porque el fascismo tiene una serie de accidentes externos, intercambiables, que no queremos para nada asumir; la gente, poco propicia a hacer distinciones delicadas, nos echa encima todos los atributos del fascismo, sin ver que nosotros sólo hemos asumido del fascismo aquella esencia de valor permanente...

...ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer y algo en qué creer, es lo que tiene de contenido permanente el fascismo, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes, de todos los accidentes y de todas las galanuras del fascismo, en el cual hay unos que me gustan y otros que no me gustan nada.

P — 3-7-34

264. — Si nosotros nos hemos lanzado por los campos y por las ciudades de España con mucho trabajo y con algún peligro, que esto no importa, a predicar esta buena nueva, es porque, como os han dicho ya todos los camaradas que hablaron antes que yo, estamos sin España.

Tenemos a España partida en tres clases de secesiones: los separatismos locales, la lucha entre los partidos y la división entre las clases.

V — 4-3-34

265. — La Falange no existe. La Falange no tiene la menor importancia. Eso dicen. Pero ya nuestras palabras están en el aire y en la tierra. Y nosotros, en el patio de la cárcel, sonreímos bajo el sol. Bajo este sol de primavera en que tantos brotes apuntan.

PaF

266. — Desde que se afirma que hemos dejado de existir, no hay un solo aspecto de la vida española que no esté teñido con nuestra presencia. No hablo ya del fascismo o del antifascismo. Hablo, específicamente, del ideario y vocabulario de la Falange. Bastaría desplegar ante la memoria aquellas palabras que usaban en los lemas políticos hasta hace tres años: «derechas», «izquierdas», «gente de orden», «democracia», «reformas sociales»... ¿Quién se atrevería a negar su marchitez? Hasta movimientos que cumplieron en su hora una misión considerable, ¿os harían desplegar sin retoque su viejo enunciado enumerativo: «religión», «patria», «familia», «propiedad»? Evidentemente, cada uno de estos lemas sigue roturando valores humanos fundamentales; pero ya no pueden lanzarse así. La letra seguirá llena de interés; pero la música ha envejecido desoladoramente. La lucha política ha adquirido otro tono y otra profundidad. Al fin, los que no estaban en las líneas de marxistas, se han dado cuenta de que hay que encararse con el marxismo cavando hasta las raíces que él explora. Simplemente: que es antídoto inútil contra el marxismo el que no parta de esta consideración: el mundo... asiste a los minutos culminantes del final de una edad. Acaso de la edad liberal capitalista; acaso de otra más espaciosa de la que el capitalismo liberal fué la última etapa. Nos hallamos en la inminencia de una «invasión de los bárbaros»; de una catástrofe histórica de las que suelen operar como colofón de cada Era. Nunca ha sido menos lícita que ahora la frivolidad. Pocas veces como ahora ha tenido la existencia su calidad religiosa y militante. Las brechas de nuestros días se resisten a cicatrizar en falso. Hay que pedir socorro a las últimas reservas vitales; a las que, en las horas ascendentes, lograron edificar las naciones. De ahí la palabra de nuestros días, «lo nacional» dicho como propaganda de una misión, de una tarea, no como vago presupuesto de las tareas de todos los partidos. Ahora muchos tremolan el gallardete de lo nacional. Pero en política activa, con este sentido preciso, poético y combatiente, los primeros que proferimos la palabra «nacional» fuimos los hombres de Falange Española.

Y con ella toda una dialéctica, toda una poética, todo un rigor formal hecho — más que nada — de renuncias. Al principio éramos pocos, y nuestra voz débil. En ningún caso hemos contado con grandes órganos de publicidad. Celebramos actos, pero casi siempre les puso sordina una Prensa hostil en parte y en parte recelosa. Sin embargo, por las misteriosas vías por donde lo religioso se propaga, nuestras tesis se iban contagiando y difundiendo. En este momento no hay un solo político español que no haya adoptado, más o menos declaradamente, puntos y perfiles de nuestro vocabulario.

PaF

267. — Me asombra que, aún después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persista en juzgarnos sin haber empezado, ni por asomo, a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro.

TJA

268. — Mientras tantas hinchadas apariencias se hundieron al primer golpe de adversidad, la Falange, sin dinero y perseguida, es la única que mantiene su alegre fe en un resurgimiento de España, y su duro frente contra asesinatos y tropelías.

C — 14-3-36

269. — Venimos a luchar... porque un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes.

M — 29-10-33

270. — Para estas cosas que no son negaciones sino tareas, nuestro esfuerzo sin cicatería. A la sombra de esta bandera sí que estamos dispuestos a alistarnos — los primeros o los últimos — en un frente nacional. No para ganar unas elecciones de efectos efímeros, sino con vocación de permanencia. Nos parece monstruoso que la suerte de España tenga que jugarse cada bienio al azar de las urnas. Que cada dos años entablemos la trágica partida en que, a golpe de gritos, de sobornos, de necedades y de injurias, se arriesga cuanto hay de permanente en España, y se hiende la concordia de los españoles. Para una larga labor colectiva queremos el Frente Nacional. Para un domingo de elecciones, para la vanidad de unas actas, no. Esta coyuntura electoral no representa para nosotros sino una etapa. Confiemos en que, una vez vencida, no

quedaremos solos en la empresa que estos renglones prefiguran. Pero, solos o acompañados, mientras Dios nos dé fuerzas, seguiremos — sin soberbia ni decaimiento — con el alma tranquila en nuestro menester artesano y militante.

AlE

271. — Ha sido inútil que la Falange Española de las J. O. N. S. alzara su voz reiteradamente contra un sistema político que juega con la Patria en una contradanza alternativa de derechas e izquierdas. Ha sido inútil repetir que el destino y el interés patrios son siempre los mismos y no pueden mirarse desde la derecha ni desde la izquierda, sino en toda su integridad. Pese a tales predicaciones, los partidos de izquierda se han esforzado en calumniarnos, presentándonos, a sabiendas de que mentían, como defensores de un sistema capitalista que consideramos detestable, y las gentes de la derecha han preferido agruparse alrededor de los jefes que presentaban programas más cómodos, aunque sacrificasen a la comodidad de tales programas toda emoción juvenil, española y profunda.

...Falange Española de las J. O. N. S. no tiene nada que hacer directamente en este caos donde se ha metido España, en la descomposición, cada vez más hedionda, de un sistema político agonizante.

MaE

272. — Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario, a los eternos destinos de España, la Falange relegará, con sus fuerzas, las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si, después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto, como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre.

M — 2-2-36

273. — Nuestra Falange, portadora de la nueva fe, volverá a hacer de España una Nación e implantará en ella la justicia social. Le dará pan y fe. El sustento digno y la alegría imperial.

LnE

274. — Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

TJA

III

LA TAREA DE LA REVOLUCION

A)

275.—Lo esencial es el sentido histórico y político del movimiento: la captación de su valor hacia el futuro. Eso sí que tiene que estar claro en la cabeza y en el alma de los que manden.

C H Ms

276.—La construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles, como cristianos; tenemos que empezar por el hombre y por sus unidades orgánicas, y así subiremos del hombre a la familia, y de la familia al municipio, y, por otra parte, al sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo.

M — 19-5-35

277.—He aquí lo que exige nuestro setido total de la Patria y del Estado que ha de servirla:

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo.

Pues si éstas son nuestras unidades naturales, si la familia, el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que, para unirnos en grupos artificiales, empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre.

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos con el trabajo manual, otros con el trabajo del espíritu; algunos, con magisterio de costumbres y refinamientos. Pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.

Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.

Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias, ni comparta —como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera religión— funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.

M — 29-10-33

278.—...queremos... que el movimiento de este día y el Estado que cree, sea un instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente que se llama Patria.

M — 29-10-33

279.—...queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de la gran España.

P — 4-1-34

B)

280.—He aquí una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la Patria como un quehacer: aligerar su vida económica de la ventosa capitalista, llamada irremediablemente a estallar en comunismo; verter el acervo en beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productores auténticos, y con ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo, que no es libre cuando está hambriento, y llenaría de substancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el municipio, con su patrimonio comunal rehecho, y el sindicato, no simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

AlE

281.—La única manera de resolver la cuestión social es alterando, de arriba a abajo, la organización de la economía. Esta revolución de la economía no va a consistir, como dicen por ahí

que queremos nosotros, los que todo lo dicen porque se les pega al oído sin dedicar cinco minutos a examinarlo, en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo total.

Precisamente, la revolución total, la reorganización total de Europa tiene que empezar por el individuo, porque el que más ha padecido con este desquiciamiento, el que ha llegado a ser una molécula pura, sin personalidad, sin substancia, sin contenido, sin existencia, es el pobre individuo, que se ha quedado el último para percibir las ventajas de la vida. Toda la organización, toda la revolución nueva, todo el fortalecimiento del Estado y toda la organización económica, irán encaminados a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista.

¿A esto se llama absorción del individuo por el Estado? Lo que pasa es que entonces el individuo tendrá el mismo destino que el Estado; que el Estado tendrá dos metas bien claras: lo que nosotros dijimos siempre: una, hacia fuera, afirmar a la Patria; otra, hacia dentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. Y el día en que el individuo y el Estado, integrados en una armonía total, vueltos a una armonía total, tengan un solo fin, un solo destino, una sola suerte que correr, entonces sí que podrá ser fuerte el Estado sin ser tiránico, porque sólo empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos.

M — 9-4-35

282.—Los obreros conocen el nacionalsindicalismo al través de las versiones de sus enemigos. Por eso creen que es un instrumento del capitalismo, cuando precisamente una de sus razones de existencia es el propósito de desmontarlo.

283.—Los obreros son sangre y suelo de España, son parte de los nuestros. No les creáis enemigos aunque griten contra nosotros. No, camaradas; no son enemigos todos los que os miran con malos ojos cuando voceáis nuestro periódico, cuando repartís nuestras hojas. Son parte misma de nuestra Falange.

F. R

284.—El ocioso convidado a la vida sin contribuir en nada a las comunes tareas, es un tipo llamado a desaparecer en toda comunidad bien regida. El papel de invitado que no paga, lleva camino de extinguirse en el mundo.

Sñt

285.—Desmontaremos el aparato económico de la propiedad capitalista, que sorbe todos los beneficios, para substituirlo por la propiedad individual, por la propiedad familiar, por la propiedad comunal y por la propiedad sindical.

M — 19-5-35

C)

286.—...el Estado español puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales, descargando, no ya el arbitraje, sino la regulación completa, en muchos aspectos económicos, a entidades de gran abolengo tradicional: a los Sindicatos, que no serán ya arquitecturas parasitarias según el actual planteamiento de la relación de trabajo, sino integridades verticales de cuantos cooperen a realizar cada rama de producción.

EyB

287.—En el Estado fascista —y ya lo llegarán a saber los obreros, pese a quien pese— los Sindicatos de trabajadores se elevan a la dignidad directa de órganos del Estado.

C. I o L. de T.

288.—En lo económico, F. E. y de los J. O. N. S. tiende al sindicalismo total; esto es, a que la plus valía de la producción quede entera en poder del Sindicato orgánico, vertical, de productores, al que su propia fuerza económica procuraría el crédito necesario para producir, sin necesidad de alquilarlo —caro— a la Banca. Quizá estas líneas económicas tengan más parecido con el programa alemán que con el italiano.

Iml

289.—Los Sindicatos son Cofradías profesionales, Hermandades de trabajadores, pero a la vez órganos verticales en la integridad del Estado. Y al cumplir el humilde quehacer cotidiano y particular, se tiene la seguridad de que se es órgano vivo imprescindible en el cuerpo de la Patria. Se descarga así el Estado de mil menesteres que ahora innecesariamente desempeña. Sólo se reserva los de su misión ante el mundo, ante la Historia.

EIL

290.—En un desenvolvimiento futuro, que parece revolucionario y que es muy antiguo, que fué la hechura que tuvieron las viejas Corporaciones europeas, se llegará a no enajenar el trabajo, sino a mercancía, a no conservar esta relación bilateral del trabajo, sino a que todos los que intervienen en la tarea, todos los que forman y completan la economía nacional, estarán constituídos en Sindicatos

verticales, que no necesitarán ni de Comités paritarios, ni de piezas de enlace, porque funcionarán orgánicamente, como funciona el Ejército, por ejemplo, sin que a nadie se le haya ocurrido formar Comités paritarios de soldados y jefes.

M — 9-4-35

291.—Con lo que queremos nosotros... en que el obrero va a participar mucho más, en que el Sindicato obrero va a tener una participación directa en las funciones del Estado, no vamos a hacer avances sociales uno a uno, como quien entrega concesiones en un regateo, sino que estructuraremos la economía de arriba a abajo de otra manera distinta, sobre otras bases; y entonces sucederá que se logrará un orden social mucho más justo.

P — 6-11-34

D)

292.—Id al campo, sí. Veréis más y mejor cuando hagáis el Estado en él.

IaC

293.—Nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación. Para incorporarlos a una empresa de todos. Para trocar en ímpetu lo que es hoy justa ferocidad de alimañas, recluídas en aduares, sin una sola de las gracias ni de las delicias de una vida de hombres. Nuestra España se encuentra por los riscos y los vericuetos. Allí la encontraremos nosotros, mientras en el palacio de las Cortes enjaulan a unos cuantos grupos su victoria sin alas.

VsA

294.—Con una inteligente reforma agraria... y con una reforma crediticia que redimiera a los labradores, a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, de las garras doradas de la usura bancaria; con esas dos cosas, habría tarea para lograr, durante cincuenta años, la felicidad del pueblo español.

M — 19-5-35

295.—...hacen falta dos cosas: una reforma crediticia, tránsito hacia la nacionalización del servicio de crédito, y una reforma agraria que delimite las áreas cultivables y las unidades económicas de cultivo, instale sobre ella al pueblo labrador revolucionariamente, y devuelva al bosque y a la ganadería las tierras ineptas para la siembra que hoy arañan multitudes de infelices condenados a perpetua hambre.

AlE

296.—La vida rural española es absolutamente intolerable. La Reforma Agraria es algo más extenso que ir a la parcelación, a la división de los latifundios. La Reforma Agraria es una cosa más grande, mucho más ambiciosa, mucho más completa; es una empresa atrayente y magnífica que probablemente sólo puede realizarse en coyunturas revolucionarias.

P — 23/24-7-35

297.—La Reforma Agraria no es sólo para nosotros un problema técnico, económico, para ser estudiado en frío por las escuelas; la Reforma Agraria es la reforma total de la vida española. España es casi toda campo. El campo, es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerable a la humanidad labradora en su contorno español, no es sólo un problema económico; es un problema entero, religioso y moral. Por eso, es monstruoso acercarse a la Reforma Agraria con sólo un criterio económico; por eso es monstruoso poner en pugna interés material con interés material, como si sólo de ése se tratara; por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la Reforma Agraria aleguen sólo títulos de derecho patrimonial, como si los de enfrente, los que reclaman desde su hambre de siglos, sólo aspirasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos.

Esta Reforma Agraria tendrá también dos capítulos: primero, la reforma económica; segundo, la reforma social.

M — 17-11-35

298.—La Reforma Agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni muchísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres ni los hijos ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que tres o cuatro semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes.

Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta parte de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios, ni de mini-

fundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable —el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa—, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno... Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa.

P — 23/24-7-35

299.—Y después de eso, tener el valor de dejar que las tierras incultivables vuelvan al bosque, a la nostalgia de bosque de nuestras tierras calvas, devolverlas a los pastos, para que renazca nuestra riqueza ganadera, que nos hizo fuertes y robustos; devolver todo eso a lo que no es el cultivo, no volver a meter un arado en su pobreza. Una vez delimitadas las tierras cultivables de España, proceder, dentro aún de la operación económica, a reconstruir las unidades de cultivo. Sobre esto ha trabajado admirablemente nuestro Consejo Nacional. En líneas generales pueden señalarse tres tipos de cultivo, puesto que, desde este punto de vista, los de las regiones del Norte y de Levante, en cierto modo se pueden emparejar, hay tres clases de cultivo: los grandes cultivos de secano que necesitan una industrialización, y un empleo de todos los medios técnicos que sean necesarios para que produzcan económicamente, y que han de someterse a un régimen sindical; los cultivos pequeños, en general, los cultivos de regadío o los cultivos de tierras en zona húmeda; éstos han de parcelarse para construir la unidad familiar; pero como ocurre que en muchas de esas tierras se ha exagerado la parcelación y se ha llegado al minifundio antieconómico, lo que en muchos casos será parcelación, en otros será agrupación para que se formen las unidades familiares de cultivo, los cotos familiares de cultivo, o se regirán por un régimen familiar corporativo, para el suministro de aperos y para la colocación de los productos; y hay otras grandes áreas, como son, por ejemplo, las olivareras, de un interés excepcional para España, donde el cultivo deja períodos de largos meses de total desocupación de los hombres. Las tierras de esta clase necesitan complemento, bien por los pequeños regadíos, donde se trasladen los trabajadores durante las épocas de paro involuntario, bien por el montaje de pequeñas industrias, accesorias de la agricultura, para que puedan vivir los campesinos durante estas largas temporadas.

Una vez hecha esta clasificación de las tierras, una vez constituídas estas unidades económicas de cultivo, entonces llega el instante de llevar a cabo la reforma social de la agricultura; y fijaos en esto: ¿en qué consiste, desde un punto de vista social, la reforma de la agricultura? Consiste en esto: hay que tomar al pueblo

español, hambriento de siglos, y redimirle las tierras estériles donde perpetúa su miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle, sin demora, sin espera de siglos, como quiere la ley de contrarreforma agraria, sobre las tierras buenas. Me diréis: pero, ¿pagando a los propietarios o no? Y yo os contesto: Esto no lo sabemos; dependerá de las condiciones financieras de cada instante. Pero lo que yo os digo es esto: mientras se esclarezca si estamos o no en condiciones financieras de pagar la tierra, lo que no se puede exigir es que los hambrientos de siglos soporten la incertidumbre de si habrá o no habrá Reforma Agraria; a los hambrientos de siglos hay que instalarlos como primera medida; luego se verá si se pagan las tierras; pero es más justo y más humano, y salva a más número de seres, el que se haga la Reforma Agraria a riesgo de los capitalistas, que no a riesgo de los campesinos. Ahora, todo esto no es más que una parte; esto es volver a levantar sobre una base material humana la existencia de nuestro pueblo; pero también hay que unirle por arriba; hay que darle una fe colectiva, hay que volver a la supremacía de lo espiritual.

M — 17-11-35

300.—...Esta será la verdadera vuelta a la naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra.

EyB

E)

301.—Leyes que con igual rigor se cumplan para todos: eso es lo que nos hace falta. Una extirpación implacable de los malos usos inveterados: la recomendación, la intriga, la influencia. Justicia rápida y segura, que si alguna vez se doblega no sea por cobardía ante los poderosos, sino por benignidad hacia los equivocados. Pero esta justicia sólo la puede realizar un Estado seguro de su propia razón justificante.

AlE

F)

302.—¿Cómo va a pensar nadie que va a influir en nuestras actitudes una determinada simpatía hacia un país o hacia otro? Entre otras cosas, porque, de seguro, entre los que nos sentamos aquí no hay uno solo de los que tengan el espíritu abierto que no haya recibido la influencia de muchas simpatías; todos nos hemos asomado, unos más y otros menos, entre estos últimos yo, a

la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filsofía alemana y de la tradición política de Italia que está realizando uno de los experimentos culminantes que nadie puede zafarse de estudiar en serio, y al que de seguro nadie está libre de alguna objeción que formular. Es, pues, únicamente un interés español, una posición española, la que en este instante voy a defender, como los que de seguro vais a defender todos vosotros.

303.—Queremos una política internacional que en cada instante se determine, para la guerra o para la paz, para que sea neutral o beligerante, por la libre conveniencia de España, no por la servidumbre a ninguna potencia exterior.

AIE

IV

CONSIGNAS TACTICAS

304.—Es de esperar que no queden insensatos todavía que aspiren a desperdiciar una nueva ocasión histórica (la última) en provecho de mezquinos intereses. Y si los hubiera, caería sobre ellos todo vuestro vigor y nuestro rigor. La bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre. Millones de españoles la padecen y es de primera urgencia remediarla. Para ello habrá que lanzar a toda máquina la gran tarea de la reconstrucción nacional. Habrá que llamar a todos, orgánicamente, ordenadamente, al goce de lo que España produce y puede producir. Ello implicará sacrificios para los que hoy disfrutan una posición demasiado grande en la parva vida española. Pero vosotros —templados en la religión del servicio y del sacrificio— y nosotros —que hemos impuesto voluntariamente a nuestra vida un sentido ascético y militar—, enseñaremos a todos a soportar el sacrificio con cara alegre; con la cara alegre del que sabe que a costa de algunas renuncias en lo material salva el acervo eterno de los principios que llevó a medio mundo, en su misión universal, España.

305.—En los siglos en que fué madurando lo que iba a culminar en Imperio no se decía: «¡Contra los moros!», sino «¡Santiago y cierra España!», que era un grito de esfuerzo, de ofensiva. Nosotros, aleccionados en esa escuela, somos poco dados a gritar «¡abajo esto!», «¡abajolo lo otro!». Preferimos gritar «¡Arriba!», «¡Arriba España!». España una, grande, libre —no desalentada ni mediocre.

AIE

V

EL HECHO DEL IMPERIO, O DOCTRINA DE LA ULTIMA PALABRA

306.—En esta España que no fué nunca superindustrializada, que no está superpoblada, que no ha padecido la guerra, donde conservamos la posibilidad de rehacer una artesanía que aún permanece en gran parte; donde tenemos una masa fuerte, entramada, disciplinada y sufrida de pequeños productores y de pequeños comerciantes, donde tenemos una serie de valores espirituales intactos; en una España así, ¿a qué esperamos para recobrar nuestra ocasión y ponernos otra vez, por ambicioso que esto sea, a la cabeza de Europa? ¿A qué esperamos?

M — 9-4-35

307.—Esta integración del hombre y de la Patria, ¿a qué esperamos para hacerla? Pues esperamos a que los partidos de izquierda y los partidos de derecha se den cuenta de que estas dos cosas son inseparables.

M — 9-4-35

308.—Esto es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria; darse cuenta de que el hombre no puede ser libre, no es libre, si no vive como un hombre, y no puede vivir como un hombre si no se le asegura un mínimo de existencia, y no puede tener un mínimo de existencia si no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres; y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino, que es la Patria: y entonces ved cómo todo funciona mejor, ved cómo se acaba esta lucha titánica, trágica, entre el hombre y el Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre esto (y se puede lograr, y ésa es la clave de la existencia de Europa cuando fué, y así tendrán que volver a ser Europa y España), sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias estamos sirviendo, al par que nuestro destino individual, el destino de España, y de Europa, y del mundo; el destino total y armonioso de la Creación.

M — 9-4-35

309.—España no se ha justificado nunca sino por el cumplimiento de un universal destino y le toca ahora cumplir éste: el mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo porque se ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la Patria... Hemos llegado al final de esta época capitalista, a no sentirnos ligados por nada en lo alto, por nada en lo bajo; no tenemos ni un destino ni un Patria común, porque cada cual ve a la Patria desde el estrecho mirador de su partido, ni una sólida convivencia económica, una manera fuerte de sentirnos sujetos sobre la tierra... El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No hay más que una manera profunda y sincera de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar el capitalismo, desmontarlo por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo.

...esto es una alta tarea moral: hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de substancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fué en otros tiempos; y para esta gran tarea económica y moral, para esta gran tarea en España estamos en las mejores condiciones. España es la que menos ha padecido del rigor capitalista; España —¡bendito sea su atraso!— es la más atrasada en la gran civilización. España puede salvarse la primera en este caos que amenaza al mundo. Y ved que en todos los tiempos, las palabras ordenadoras se pronuncian por una boca nacional. La nación que da la primera con las palabras de los nuevos tiempos es la que se coloca a la cabeza, del mundo. He aquí por dónde, si queremos, podemos hacer que a la cabeza del mundo se coloque otra vez España.

M — 2-2-36

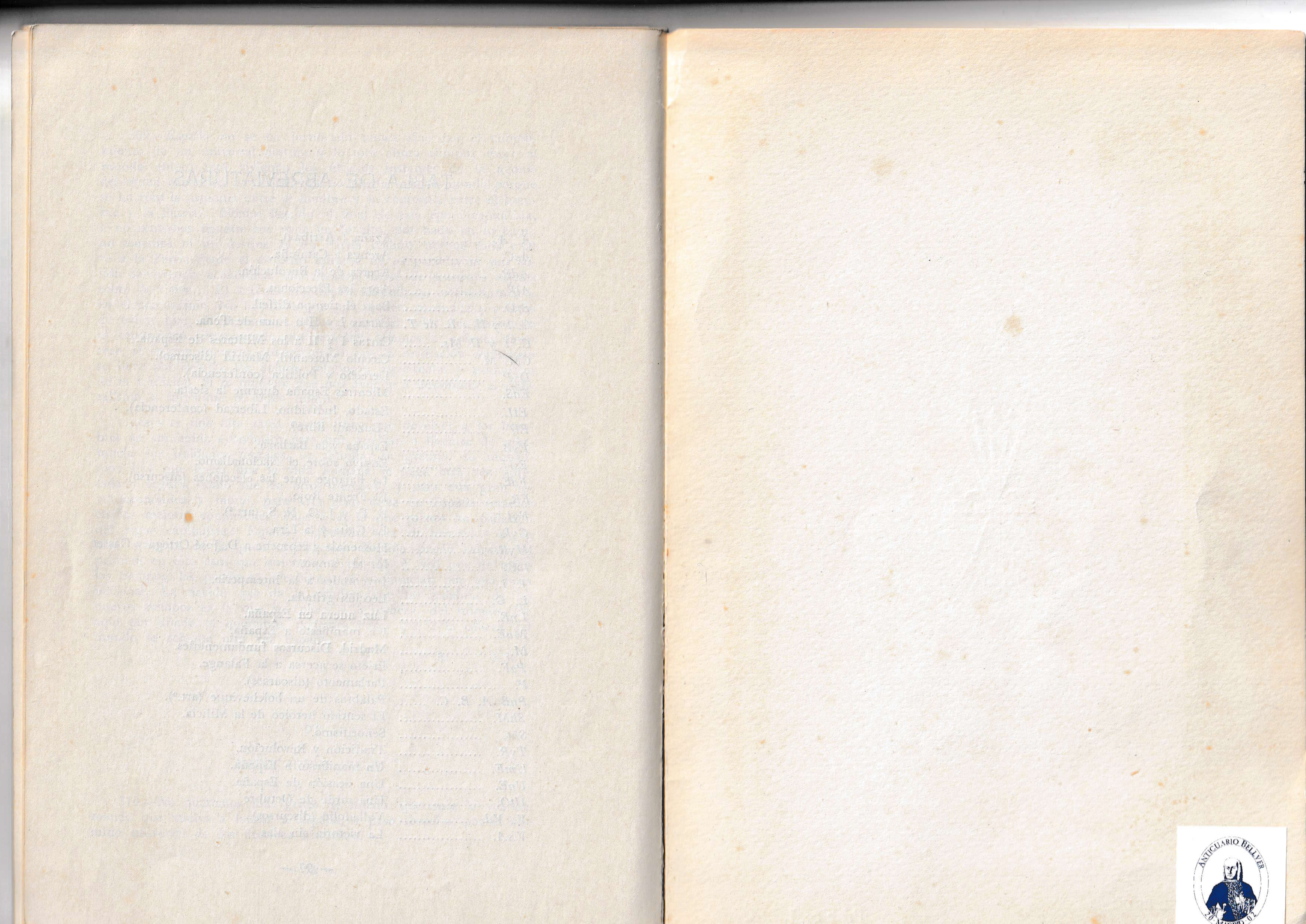
VI

INVOCACION FINAL

310.—No queremos más gritos de miedo, queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España, a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos.

TABLA DE ABREVIATURAS

A. A.	Azaña («Arriba»).
AaC.	Arenga a Cataluña.
AdR.	Acerca de la Revolución.
AlE.	Ante las Elecciones.
BtD.	Bajo el tiempo difícil.
C. I y II a L. de T.	Cartas I y II a Luca de Tena.
C. I y II Ms.	Cartas I y II a los Militares de España.
CM. M.	Círculo Mercantil, Madrid (discurso).
DyP.	Derecho y Política (conferencia).
EdS.	Mientras España duerme la siesta.
EIL.	Estado, Individuo, Libertad (conferencia).
El?	¿Euzcadi libre?
EyB.	España y la Barbarie.
EsN.	Ensayo sobre el Nacionalismo.
FaE.	La Falange ante las elecciones (discurso).
FR.	El Frente Rojo.
FyJ.	F. E. y J. O. N. S. (art.°).
GyL.	La Gaita y la Lira.
HyR.	Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset.
IaC:	Id. al campo.
J. I.	Juventudes a la intemperie.
L. G.	Lección gritada.
LnE.	Luz nueva en España.
MaE.	Un manifiesto a España.
M.	Madrid. Discursos fundamentales.
PaF.	Prieto se acerca a la Falange.
P.	Parlamento (discursos).
PuB A. B. C.	Palabras de un bolchevique (art.°).
ShM.	El sentido heroico de la Milicia.
Sñt.	Señoritismo.
TyR.	Tradición y Revolución.
UmE.	Un manifiesto a España.
UoE.	Una ocasión de España.
UtO.	Una tarde de Octubre.
V. Vd.	Valladolid (discursos).
V.sA.	La victoria sin alas.


ANTICUARIO BELLVER



Ediciones "EL BRUCH"
BARCELONA

Precio: 1 Pta.